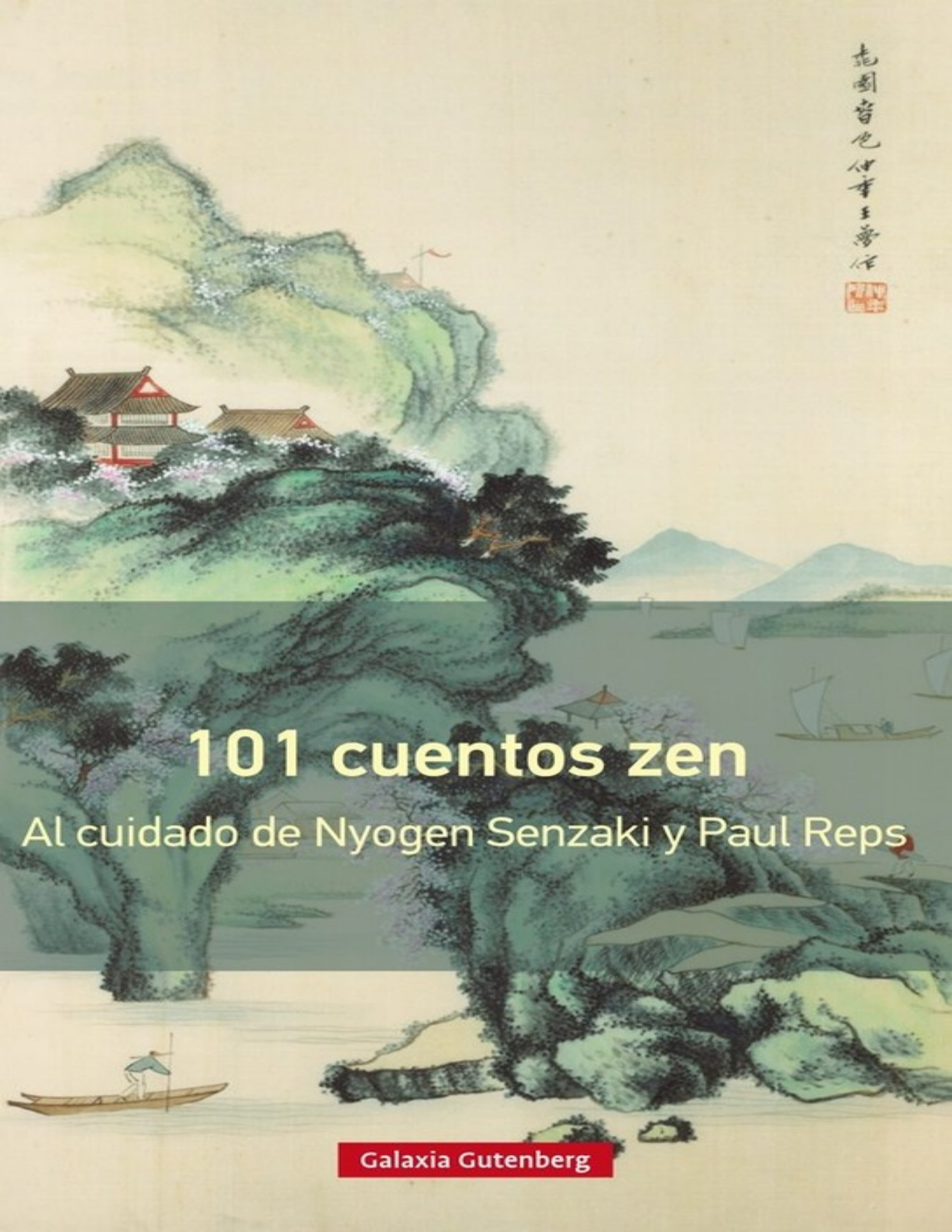
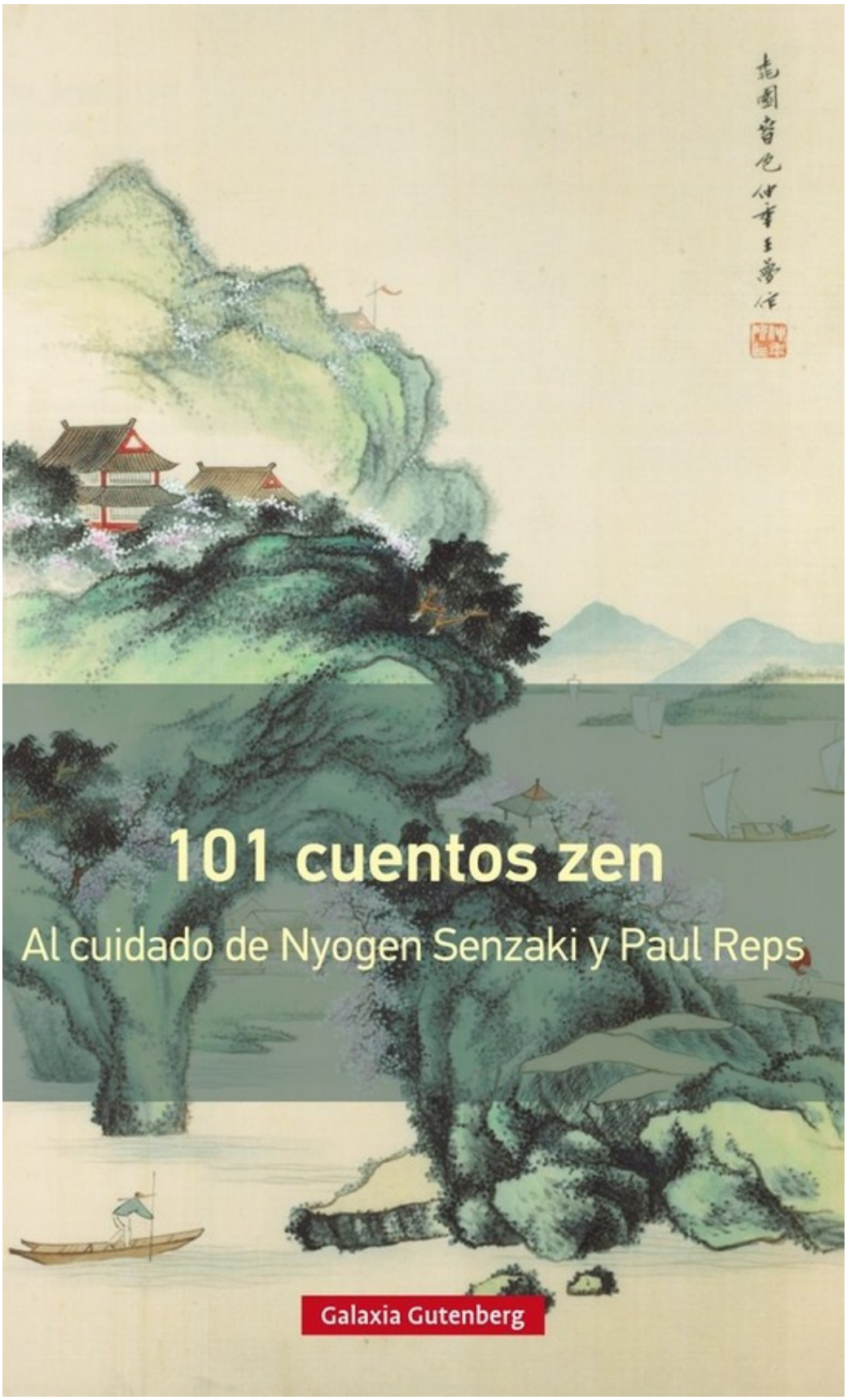


101 cuentos zen

Al cuidado de Nyogen Senzaki y Paul Reps

Galaxia Gutenberg


101 cuentos zen
Al cuidado de Nyogen Senzaki y Paul Reps
Galaxia Gutenberg

Paul Reps
Fue autor de varios libros, tanto en poesía como en prosa, inspirados en el Zen. Entre ellos se cuenta *Zen Telegrams*. Estadounidense de nacimiento, vivió en varios países, incluyendo la India, Noruega y Japón. Se le considera un eterno buscador de la felicidad y el crecimiento humanos.

Nyogen Senzaki
Fue un erudito budista de renombre internacional. Un monje sin hogar que, en su periplo de monasterio en monasterio en busca de la sabiduría, acabó en los Estados Unidos, lugar en el que vivió durante más de 50 años. Entre los alumnos de este gran sabio se encuentran Robert Atitkens Roshi, Roshi Eido y Gary Snyder.

101 cuentos zen se publicó por primera vez en Londres en 1939. Se trata de experiencias reales de maestros chinos y japoneses de zen a través de más de cinco siglos. Fueron transcritos al inglés a partir del libro Shaseki-shu (Colección de piedra y arena), escrito a fines del siglo XIII por el maestro zen japonés Muju («el que no mora»), así como de anécdotas de monjes zen tomadas de varios libros publicados en Japón hacia comienzos del siglo XX. El zen podría considerarse el arte interior y la concepción de Oriente. No es una secta sino una experiencia. El espíritu del zen ha llegado a significar no sólo paz y comprensión, sino también entrega al arte y al trabajo, el valioso despliegue del contentamiento, la apertura de la puerta de la intuición, la expresión de la belleza innata, el encanto intangible de lo incompleto. Para los orientales, más interesados en el ser que en la actividad, el hombre que se descubre a sí mismo ha sido el más digno de respeto. Estos relatos tratan de tales descubrimientos de uno mismo.

Índice

1. Una taza de té
2. Hallazgo de un diamante en un camino embarrado
3. ¿Es así?
4. Obediencia
5. Si amas, ama abiertamente
6. Sin atenciones amorosas
7. Anuncio
8. Grandes Olas
9. No es posible robar la luna
10. El último poema de Hoshin
11. La historia de Shunkai
12. El chino feliz
13. Un Buda
14. El camino embarrado
15. Shoun y su madre
16. No lejos del estado de Buda
17. Enseñanza insuficiente
18. Una parábola
19. El primer principio
20. El consejo de una madre
21. El sonido de una mano
22. Mi corazón arde como el fuego
23. La partida de Eshun
24. Recitación de sutras
25. Tres días más
26. Intercambio de diálogo por alojamiento

27. La voz de la felicidad
28. Abre tu propia casa del tesoro
29. Si no hay agua, no hay luna
30. Tarjeta de visita
31. Todo es lo mejor
32. Pulgada tiempo pie gema
33. La mano de Mokusen
34. Una sonrisa en toda su vida
35. Zen para cada minuto
36. Lluvia de flores
37. La publicación de los sutras
38. La obra de Gisho
39. Dormir de día
40. En el país de los sueños
41. El zen de Joshu
42. La respuesta del muerto
43. El zen en la vida de un mendigo
44. El ladrón que se convirtió en discípulo
45. Lo que está bien y lo que está mal
46. De cómo la hierba y los árboles alcanzan, la iluminación
47. El artista tacaño
48. Una proporción exacta
49. El buda de nariz negra
50. La clara comprensión de Ryonen
51. Miso agrio
52. Tu luz se puede apagar
53. El que da es quien debería estar agradecido
54. La última voluntad y el testamento
55. El maestro de la ceremonia del té y el asesino
56. El camino verdadero
57. Las puertas del paraíso
58. La detención de la estatua de Buda
59. Soldados de la humanidad

60. El túnel
61. Gudo y el emperador
62. En las manos del destino
63. Matar
64. El sudor de Kasan
65. La subyugación de un espectro
66. Los hijos de Su Majestad
67. ¿Qué haces? ¿Qué dices?
68. Una nota de zen
69. Comerse la culpa
70. El objeto más valioso del mundo
71. Aprender a estar en silencio
72. El señor zoquete
73. Diez sucesores
74. Una reforma verdadera
75. Mal genio
76. La mente pétrea
77. Sin apego al polvo
78. Verdadera prosperidad
79. El pebetero de incienso
80. El auténtico milagro
81. Anda, duérmete
82. No existe nada
83. Si uno no trabaja, no come
84. Amigos de verdad
85. La hora de la muerte
86. El Buda viviente y el tonelero
87. Tres clases de discípulos
88. Cómo escribir un poema chino
89. Diálogo Zen
90. El último coscorrón
91. El tacto de la espada de Banzo
92. El zen del atizador de fuego

93. El zen del cuentista
94. Excursión nocturna
95. Carta a un moribundo
96. Una gota de agua
97. La enseñanza de lo fundamental
98. Desapego
99. El vinagre de tosui
100. El templo silencioso
101. El Zen de Buda

101 CUENTOS ZEN

Estos relatos fueron transcritos en inglés a partir del libro Shaseki-shu (Colección de piedra y arena), escrito a fines del siglo XIII por el maestro de zen japonés Muju («el que no mora»), así como de anécdotas de monjes zen tomadas de varios libros publicados en Japón hacia comienzos del siglo XX.

Para los orientales, más interesados en el ser que en la actividad, el hombre que se descubre a sí mismo ha sido el más digno de respeto. Ese hombre propone abrir su conciencia tal como lo hizo Buda.

Estos relatos tratan de tales descubrimientos de uno mismo.

El texto que sigue es una adaptación del prefacio a la primera edición de estos cuentos en inglés.

❖

El zen podría considerarse el arte interior y la concepción de Oriente. Arraigó en China gracias a Bodhidharma, quien llegó allí, procedente de la India, en el siglo VI, y en el XII se extendió hacia el este, hasta Japón. Lo han descrito como «una enseñanza especial sin escrituras, más allá de las palabras y las letras, que señala la esencia mental del hombre, ve directamente la naturaleza de uno mismo y alcanza la iluminación».

En China el zen se conocía como Ch'an. Los maestros de Ch'an-zen, en vez de ser seguidores de Buda, aspiran a ser sus amigos y situarse en la misma relación sensible con el universo, como lo hicieron Buda y Jesús. El zen no es una secta sino una experiencia.

El hábito que tiene el zen del examen de conciencia a través de la meditación para realizar la propia naturaleza verdadera, dejando de lado el formalismo e insistiendo en la autodisciplina y la vida sencilla, llegó a

obtener el apoyo de la nobleza y las clases dirigentes en Japón, y el profundo respeto de todos los niveles del pensamiento filosófico en Oriente.

Los dramas Noh son relatos zen. El espíritu del zen ha llegado a significar no sólo paz y comprensión, sino también entrega al arte y el trabajo, el valioso despliegue del contentamiento, la apertura de la puerta a la intuición, la expresión de la belleza innata, el encanto intangible de lo incompleto. El zen conlleva muchos significados, ninguno de los cuales es del todo definible, pues si se definen, no son zen.

Se ha dicho que si el zen forma parte de la vida de un hombre, éste se ve libre de temor, duda, anhelos innecesarios y emociones extremas. No le turban ni las actitudes intolerantes ni las acciones egoístas. Uno sirve a la humanidad humildemente, respondiendo a su presencia en este mundo con una amabilidad afectuosa y observando su paso por la vida como un pétalo que cae de una flor. La serenidad le caracteriza y goza de la vida con una dichosa tranquilidad. Tal es el espíritu del zen, cuya vestidura son millares de templos en China y Japón, sacerdotes y monjes, riqueza y prestigio y, a menudo, el mismo formalismo al que habría de trascender.

Estudiar zen, el florecimiento de nuestra naturaleza, no es tarea fácil en ninguna época ni civilización. Muchos maestros, verdaderos y falsos, se han propuesto ayudar al prójimo en esa empresa. Los relatos que siguen han evolucionado a partir de aventuras innumerables y reales en el ámbito del zen. Ojalá el lector actual las ponga por obra en su experiencia vital.

空 *1. Una taza de té*

Nan-in, un maestro japonés que vivió en la era Meiji (1868-1912), recibió a un profesor universitario que acudió a preguntarle acerca del zen.

Nan-in le sirvió té. Vertió el líquido hasta llenar la taza del visitante y siguió vertiéndolo.

El profesor contempló el té que se derramaba hasta que ya no pudo contenerse.

–Está completamente llena. ¡No cabe una gota más!

–Al igual que esta taza –le dijo Nan-in–, usted está lleno de sus propias opiniones y especulaciones. ¿Cómo puedo mostrarle lo que es el zen a menos que primero vacíe su taza?

不歸

2. Hallazgo de un diamante en un camino embarrado

Gudo era el maestro del emperador de su tiempo. Sin embargo, solía viajar solo como un mendicante. Cierta vez, cuando iba camino de Edo, centro cultural y político del shogunado, se aproximó a un pueblecito llamado Takenaka. Era de noche y llovía intensamente. Gudo estaba empapado y tenía destrozadas las sandalias de paja. En una granja, cerca del pueblo, reparó en cuatro o cinco pares de sandalias en el alféizar de una ventana y decidió comprar un par seco.

La mujer que le ofreció las sandalias, al verle tan mojado, le invitó a pernoctar en su casa. Gudo aceptó y le dio las gracias. Entró y recitó un sutra ante el santuario familiar. Entonces la mujer le presentó a su madre y sus hijos. Al percatarse de que toda la familia estaba deprimida, Gudo preguntó qué les ocurría.

–Mi marido es un jugador y un borracho –le expuso el ama de casa–. Cuando gana en el juego, bebe y nos maltrata. Cuando pierde, pide dinero prestado. A veces, cuando está comple-tamente borracho, ni siquiera vuelve a casa. ¿Qué puedo hacer?

–Le ayudaré –dijo Gudo–. Aquí tienes dinero. Ve a comprar una jarra de buen vino y algo bueno para comer. Luego puedes retirarte. Yo meditaré ante el santuario.

Cuando el hombre de la casa regresó hacia la medianoche, completamente borracho, gritó:

–¡Eh, mujer, he vuelto! ¿Tienes algo para darme de comer?

–Tengo algo para ti –le respondió Gudo–. La lluvia me ha sorprendido y tu esposa me ha permitido amablemente pasar aquí la noche. A cambio he comprado vino y pescado, así que tuyos son.

El hombre se mostró encantado. Tomó el vino y se tendió en el suelo. Gudo se sentó a su lado y se sumió en la meditación.

Por la mañana, cuando el marido despertó, se había olvidado por completo de lo ocurrido la noche anterior.

–¿Quién eres? –le preguntó a Gudo, quien seguía meditando–. ¿De dónde vienes?

–Soy Gudo de Kyoto y me dirijo a Edo –replicó el maestro de zen.

El hombre se sintió profundamente avergonzado y se deshizo en excusas ante el maestro de su emperador.

Gudo sonrió.

–Nada en esta vida permanece –le explicó–. La vida es muy breve. Si sigues jugando y bebiendo, no tendrás tiempo para hacer nada más y harás que tu familia sufra también.

La percepción del marido despertó como si hubiera estado soñando.

–Tienes razón –afirmó–. ¿Cómo podré pagarte jamás por esta maravillosa enseñanza? Permíteme que, antes de despedirnos, lleve tus cosas a lo largo de un trecho.

–Si lo deseas –accedió Gudo.

Los dos se pusieron en marcha. Cuando habían recorrido tres millas Gudo le pidió que regresara.

–Sólo otras cinco millas –le rogó a Gudo, y siguieron adelante.

–Ya puedes regresar –le sugirió Gudo.

–Después de otras diez millas –replicó el hombre.

–Vuélvete ya –le dijo Gudo, cuando hubieron recorrido la distancia.

–Voy a seguirte durante todo el resto de mi vida –declaró el hombre.

Los maestros de zen modernos en Japón proceden del linaje de un famoso maestro que fue el sucesor de Gudo. Se llamaba Mu-nan, el hombre que nunca volvió sobre sus pasos.

斯 *3. ¿Es así?*

Los vecinos del maestro de zen Hakuin le alababan porque llevaba una vida pura.

Una hermosa muchacha japonesa cuyos padres eran propietarios de una tienda de alimentos vivía cerca de él. De pronto, sin ninguna advertencia, sus padres descubrieron que estaba embarazada.

Éstos se encolerizaron. Ella no quería confesar quién era el padre, pero después de mucho hostigamiento, al final nombró a Hakuin.

Muy enfadados, los padres fueron a ver al maestro.

–¿Es así? –fue todo lo que él les dijo.

Cuando nació el niño se lo llevaron a Hakuin. Por entonces, el maestro había perdido su reputación, algo que no le preocupaba, pero cuidó muy bien del niño. Obtenía de sus vecinos la leche y todo lo demás que necesitaba el pequeño.

Al cabo de un año la joven madre no pudo soportarlo más y confesó a sus padres la verdad, que el auténtico padre de la criatura era un muchacho que trabajaba en el mercado de pescado.

Los padres de la joven visitaron en seguida a Hakuin para pedirle perdón, disculparse largamente y rogarle que les devolviera el niño.

Hakuin se mostró dispuesto a todo. Al entregarles el niño, lo único que dijo fue:

–¿Es así?

尊 *4. Obediencia*

A las charlas del maestro Bankei no sólo asistían estudiantes de zen sino también personas de todas las clases y sectas. Jamás citaba sutras ni se entregaba a disertaciones escolásticas, sino que hablaba directamente desde su corazón a los corazones de sus oyentes.

El hecho de que tuviera un público tan nutrido enojó a un sacerdote de la secta Nichiren, porque sus fieles se habían marchado para oír hablar del zen. El egocéntrico sacerdote de Nichiren se presentó en el templo, decidido a debatir con Bankei.

–¡Eh, maestro de zen! –exclamó–. Espera un momento. Quien te respete obedecerá lo que dices, pero un hombre como yo no te respeta. ¿Puedes obligarme a obedecerte?

–Ven a mi lado y te lo mostraré –respondió Bankei.

El orgulloso sacerdote se abrió paso entre el público hasta llegar ante el maestro. Bankei sonrió.

–Ven a mi lado izquierdo.

El sacerdote obedeció.

–No –dijo Bankei–. Hablaremos mejor si estás en el lado derecho. Pasa por aquí.

El sacerdote, sin abandonar su porte altivo, pasó a la derecha.

–Ya lo ves –observó Bankei–, me estás obedeciendo y creo que eres una persona muy dócil. Anda, siéntate y escucha.

愛 *5. Si amas, ama abiertamente*

Veinte monjes y una monja, que se llamaba Eshun, practicaban la meditación con cierto maestro zen.

Eshun era muy hermosa aunque tenía la cabeza rapada y su hábito no la favorecía. Varios monjes estaban secretamente enamorados de ella, y uno le escribió una carta de amor, insistiendo en que tuvieran una reunión privada.

Eshun no respondió. Al día siguiente el maestro dio una conferencia al grupo, y cuando hubo terminado, Eshun se levantó. Dirigiéndose al monje que le había escrito la carta, le dijo:

–Si de veras me amas tanto, ahora ven y abrázame.

情 *6. Sin atenciones amorosas*

En China, una anciana mantenía a un monje desde hacía más de veinte años. Le había construido una pequeña choza y le alimentaba mientras él se dedicaba a la meditación. Finalmente le intrigó saber qué progresos había hecho el monje en todo aquel tiempo.

A fin de averiguarlo, obtuvo la ayuda de una muchacha ardiente de deseo.

–Ve y abrázale –le dijo–, y entonces pregúntale de repente: «¿Y ahora, qué?».

La muchacha visitó al monje y, sin más, se puso a acariciarle y le preguntó qué iba a hacer al respecto.

–En invierno, un árbol viejo crece en una roca fría –replicó el monje, un tanto poéticamente–. En ninguna parte hay calor.

La muchacha regresó y relató a la anciana lo que el monje le había dicho.

–¡Y pensar que he dado de comer a ese tipo durante veinte años! –exclamó la anciana, airada–. No ha mostrado ninguna consideración hacia tu necesidad, ninguna disposición a explicar tu estado. No tenía que haber respondido a la pasión, pero por lo menos debería haber evidenciado cierta compasión.

En seguida fue a la choza del monje y le prendió fuego.

告 *7. Anuncio*

Tanzan escribió sesenta tarjetas postales el último día de su vida y pidió a un ayudante que las echara al correo. Entonces falleció.

Las tarjetas decían:

Me voy de este mundo.
Éste es mi último anuncio.

Tanzan.
27 de julio de 1892.

浪 *8. Grandes Olas*

En los primeros días de la era Meiji vivía un famoso luchador llamado O-nami, Grandes Olas.

O-nami tenía una fuerza inmensa y conocía el arte de la lucha. En sus combates particulares derrotaba incluso a su maestro, pero en público era tan tímido que sus propios alumnos le derribaban.

O-nami pensó que debería solicitar ayuda a un maestro de zen. Hakuju, un maestro errante, se había alojado en un templo cercano, por lo que O-nami fue a verle y le expuso su problema.

–Te llamas Grandes Olas –le dijo el maestro–, así pues, quédate esta noche en el templo. Imagina que eres ese oleaje. Ya no eres un luchador temeroso, sino esas olas enormes que lo arrastran todo ante ellas y engullen cuanto encuentran en su camino. Hazlo así y serás el mejor luchador del país.

El maestro se retiró. O-nami se sentó a meditar, tratando de imaginarse como las olas. Pensó en muchas cosas diferentes y entonces, gradualmente, fue acercándose a la sensación del oleaje. A medida que la noche avanzaba, las olas eran cada vez más grandes. Derribaban las flores en sus jarrones, e incluso el Buda en el santuario estaba inundado. Antes del amanecer, el templo no era más que el flujo y reflujo de un mar inmenso.

Por la mañana, el maestro encontró a O-nami meditando, con una leve sonrisa en los labios, y dio unas palmaditas en el hombro del luchador.

–Nada puede trastornarte –le dijo–. Eres esas olas. Lo barrerás todo ante ti.

Aquel mismo día O-nami participó en los certámenes de lucha y ganó. Desde entonces, ningún luchador de Japón pudo derrotarle.

9. *No es posible robar la luna*

Ryokan, un maestro de zen, llevaba la clase de vida más sencilla posible en una pequeña choza al pie de una montaña. Una tarde, un ladrón entró en la choza y descubrió que allí no había nada que robar.

Ryokan regresó y le sorprendió.

–Es posible que hayas hecho un largo camino para visitarme –le dijo al merodeador– y no deberías regresar con las manos vacías. Por favor, toma mis ropas como regalo.

El ladrón se quedó perplejo, pero cogió las ropas y se escabulló.

Ryokan se sentó desnudo y contempló la luna.

–Pobre tipo –musitó–. Ojalá pudiera darle esa hermosa luna.

終 *10. El último poema de Hoshin*

El maestro de zen Hoshin vivió muchos años en China. Entonces regresó a la región noreste de Japón, donde se dedicó a enseñar a sus discípulos. Cuando se hizo muy viejo, les contó un relato que había oído en China. Helo aquí.

❖

Un año, el 25 de diciembre, Tokufu, que era muy viejo, dijo a sus discípulos:

–El año que viene no estaré vivo, por lo que deberíais tratarme bien este año.

Los discípulos pensaron que bromeaba, pero como era un maestro generoso, cada uno de ellos a su vez le agasajó con un festín en días sucesivos del año que terminaba.

La vigilia de Año Nuevo, Tokufu les dijo:

–Habéis sido buenos conmigo. Os dejaré mañana por la tarde, cuando la nieve haya cesado.

Los discípulos se echaron a reír, pensando que chocheaba y decía tonterías, puesto que la noche era clara y no nevaba. Pero a medianoche empezó a nevar y al día siguiente no encontraron a su maestro. Fueron a la sala de meditación. Había fallecido allí.

❖

Hoshin, que relataba esta historia, dijo a sus discípulos:

–No es necesario que un maestro de zen prediga su muerte, pero si realmente lo desea, puede hacerlo.

–¿Tú podrías? –le preguntó alguien.

–Sí –respondió Hoshin–. Os mostraré lo que puedo hacer dentro de siete días.

Ninguno de los discípulos le creyó, y la mayoría de ellos incluso habían olvidado la conversación cuando Hoshin los convocó a todos.

–Hace siete días –les recordó– dije que iba a dejaros. Existe la costumbre de escribir un poema de despedida, pero no soy ni poeta ni calígrafo. Que uno de vosotros inscriba mis últimas palabras.

Sus seguidores pensaron que estaba bromeando, pero uno de ellos se dispuso a escribir.

–¿Estás preparado? –le preguntó Hoshin.

–Sí, señor –respondió el escribano.

Entonces Hoshin le dictó:

Vengo de la brillantez
Y vuelvo a la brillantez.
¿Qué es esto?

Al poema le faltaba un verso para tener los cuatro de costumbre, por lo que el discípulo le apuntó:

–Maestro, nos falta un verso.

Hoshin, con el rugido de un león conquistador, gritó: «¡Kaa!» y expiró.

忍 *11. La historia de Shunkai*

La exquisita Shunkai, conocida también como Suzu, se vio obligada a casarse contra sus deseos cuando era muy joven. Más adelante, después de poner fin a su matrimonio, asistió a la universidad, donde estudió filosofía.

Ver a Shunkai era prendarse de ella. Además, adondequiera que fuese, ella misma se enamoraba. El amor la acompañó en la universidad y luego, cuando la filosofía no la satisfizo y visitó un templo para aprender zen, los estudiantes se enamoraron de ella. Toda la vida de Shunkai estaba saturada de amor.

Finalmente, en Kyoto se convirtió en una verdadera estudiante de zen. Sus hermanos en el subtemplo de Kennin alababan su sinceridad. Uno de ellos reveló un espíritu afín y ayudó a Shunkai para que llegara a dominar el zen.

El abad de Kennin, Mokurai, Trueno Silencioso, era severo. Observaba los preceptos y esperaba que sus sacerdotes también lo hicieran. En el Japón moderno, el entusiasmo que esos sacerdotes habían perdido por el budismo parecían experimentarlo por tener esposas. Mokurai solía coger una escoba y perseguir a las mujeres cuando las encontraba en alguno de sus templos, pero cuantas más esposas expulsaba, tantas más parecían regresar.

En aquel templo concreto, la esposa del sacerdote jefe sintió celos de la seriedad y la belleza de Shunkai. Un malestar se apoderaba de aquella esposa cada vez que oía a los estudiantes alabarla por el rigor de sus estudios. Finalmente difundió un rumor sobre Shunkai y el joven que era su

amigo, a consecuencia del cual él fue expulsado y a ella la trasladaron de templo.

«Puedo haber cometido el error de enamorarme», se dijo Shunsaki, «pero la esposa del sacerdote tampoco permanecerá en el templo si tratan a mi amigo tan injustamente.»

Aquella misma noche, Shunkai roció con una lata de queroseno el templo, que tenía quinientos años de antigüedad, y le prendió fuego. Éste quedó reducido a cenizas. A la mañana siguiente, la mujer se encontró en manos de la policía.

Un joven abogado se interesó por ella y se esforzó para que la sentencia fuese más leve.

–No me ayudes –le dijo Shunkai–. Podría decidir hacer otra cosa por la que acabaría de nuevo en la cárcel.

Tras cumplir una sentencia de siete años, Shunkai salió de la cárcel, donde un guardián de sesenta años también se había enamorado de ella.

Por entonces todo el mundo la consideraba una presidiaria y nadie quería tener trato con ella. Incluso los estudiosos del zen, que teóricamente creen en la iluminación en esta vida y con este cuerpo, la evitaban. Shunkai descubrió que el zen era una cosa y los seguidores del zen otra muy distinta. Sus familiares no querían saber nada de ella. Vivía en la pobreza, y estaba enferma y débil.

Conoció a un sacerdote de la secta Shinshu que le enseñó el nombre del Buda del Amor, y en esto Shunkai encontró cierto consuelo y serenidad de ánimo. Cuando falleció, aún era exquisitamente hermosa y apenas tenía treinta años.

Escribió su propia historia en un intento inútil de darse apoyo a sí misma, y parte de ella se la contó a una escritora. Así llegó a conocimiento del público japonés. Aquellos que rechazaron a Shunkai, aquellos que la difamaron y odiaron, ahora leen la historia de su vida con lágrimas de remordimiento.

福 *12. El chino feliz*

Cualquiera que recorra los barrios chinos de ciertas ciudades de Estados Unidos, observará unas estatuas de un individuo robusto que acarrea sobre sus espaldas un saco de lino. Los mercaderes chinos le llaman el Chino Feliz o el Buda Risueño.

Este Hotei vivió en la época de la dinastía T'ang. No deseaba que le llamaran maestro de zen ni tener muchos discípulos a su alrededor. Recorría las calles con un gran saco que contenía caramelos, frutas o rosquillas, los cuales regalaba a los niños que le rodeaban para jugar. Estableció un jardín de infancia de las calles.

Cada vez que se encontraba con un devoto del zen, extendía la mano y decía:

–Dame una moneda.

Y si alguien le pedía que regresara a un templo para enseñar a otros, decía de nuevo:

–Dame una moneda.

En cierta ocasión, cuando se dedicaba a aquella mezcla de diversión y trabajo, otro maestro zen se acercó a él y le preguntó:

–¿Cuál es el significado del zen?

Hotei le dio una respuesta silenciosa, dejando caer su saco al suelo.

–¿En qué consiste entonces la realización del zen? –le preguntó el otro.

El Chino Feliz se echó en seguida el saco al hombro y reanudó su camino.

佛 *13. Un Buda*

En Tokyo, en la era Meiji, vivían dos destacados maestros de características opuestas. Uno de ellos, Unsho, instructor de la secta Shingon, observaba escrupulosamente los preceptos budistas. Jamás tomaba bebidas embriagadoras ni comía después de las once de la mañana. El otro maestro, Tanzan, profesor de filosofía en la Universidad Imperial, jamás observaba los preceptos. Cuando le apetecía comer, comía, y cuando tenía ganas de echarse a dormir en pleno día, lo hacía.

Un día Unsho visitó a Tanzan, quien estaba bebiendo vino, del cual se supone que ni una sola gota debe entrar en contacto con la lengua de un budista.

–Hola, hermano –le saludó Tanzan–. ¿Quieres tomar un vaso?

–¡Jamás bebo! –exclamó Unsho solemnemente.

–Quien no bebe ni siquiera es humano –replicó Tanzan.

–¿Es posible que me llames inhumano sólo porque no tomo líquidos embriagadores? –dijo Unsho, encolerizado–. Entonces, si no soy humano, ¿qué es lo que soy?

–Un Buda –respondió Tanzan.

難 *14. El camino embarrado*

Tanzan y Ekido recorrían cierta vez un camino embarrado. Aún caía una fuerte lluvia.

Al doblar un recodo se encontraron con una hermosa muchacha que vestía kimono y faja de seda, incapaz de cruzar el camino.

–Vamos, chica –le dijo Tanzan en seguida y, tomándola en brazos, la llevó por encima del fango.

Ekido no volvió a hablar hasta la noche, cuando llegaron al templo que les alojaría. Entonces ya no pudo contenerse.

–Nosotros, los monjes, no nos acercamos a las mujeres –le dijo a Tanzan–, sobre todo a las que son jóvenes y encantadoras. Es peligroso. ¿Por qué has hecho eso?

–Dejé a la chica allí –replicó Tanzan–. ¿Es que tú todavía la llevas a cuestas?

親 *15. Shoun y su madre*

Shoun se hizo maestro de la variante Soto del zen. Cuando todavía era estudiante murió su padre, dejándole al cuidado de su anciana madre.

Cada vez que Shoun iba a una sala de meditación siempre llevaba a su madre con él. Desde que le acompañaba, cuando visitaba los monasterios no podía vivir con los monjes. Así pues, construía una casita en la que cuidaba de su madre. Se dedicaba a copiar sutras, versículos budistas, y de esta manera recibía unas pocas monedas para su manutención.

Cuando Shoun compraba pescado para su madre, la gente se burlaba de él, pues un monje no debería comer pescado, pero a Shoun no le importaba. Sin embargo, su madre se sentía dolida al ver que otros se reían de su hijo. Finalmente le dijo a Shoun:

–Creo que voy a hacerme monja. También puedo ser vegetariana.

Así lo hizo, y los dos estudiaban juntos.

A Shoun le gustaba la música y dominaba el arpa, un instrumento que su madre también tocaba. En las noches de luna llena solían tocar juntos.

Cierta noche, una joven dama pasó por su casa y oyó la música. Profundamente conmovida, invitó a Shoun a visitarla la noche siguiente para que tocara. Él aceptó la invitación. Pocos días después encontró a la joven en la calle y le dio las gracias por su hospitalidad. Quienes estaban a su alrededor se rieron de él. Había visitado la casa de una mujer de la calle.

Un día Shoun partió hacia un templo lejano para impartir unas clases. Cuando regresó, unos meses después, halló a su madre muerta. Sus amigos no habían sabido dónde encontrarle, y se estaba celebrando el funeral.

Shoun se acercó al ataúd y lo tocó con su bastón.

–Madre, tu hijo ha regresado –le dijo.

–Me alegro de que hayas vuelto, hijo –respondió él mismo por su madre.

–Sí, también yo me alegro –siguió diciendo Shoun. Entonces anunció a los presentes–: La ceremonia fúnebre ha terminado. Podéis enterrar el cadáver.

Cuando Shoun era viejo, supo que su fin se aproximaba. Pidió a sus discípulos que se reunieran con él por la mañana, diciéndoles que fallecería a mediodía. Quemó incienso ante el retrato de su madre y su viejo maestro, y escribió un poema:

Durante cincuenta y seis años he vivido lo mejor que he podido,
Abriéndome camino en este mundo.
Ahora ha cesado la lluvia, las nubes desaparecen,
En el cielo azul está la luna llena.

Sus discípulos se reunieron a su alrededor, recitando un sutra, y Shoun falleció durante la invocación.

王 *16. No lejos del estado de Buda*

Mientras visitaba a Gasan, un estudiante universitario le preguntó:

–¿Has leído alguna vez la Biblia cristiana?

–No, léemela –respondió Gasan.

El estudiante abrió la Biblia y leyó un pasaje del Evangelio de san Mateo:

–Y del vestido, ¿por qué os preocupáis? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos... Así es que no os preocupéis del mañana, pues el mañana se preocupará de sí mismo.

–A quienquiera que haya dicho esas palabras le considero un hombre iluminado.

El estudiante siguió leyendo:

–Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe, el que busca, halla, y al que llama, se le abre.

–Eso es excelente –observó Gasan–. Quienquiera que lo haya dicho no está lejos del estado de Buda.

教 *17. Enseñanza insuficiente*

Un joven médico de Tokyo llamado Kusuda se encontró con un amigo de la universidad que había estado estudiando zen. El joven doctor le preguntó qué era el zen.

–No puedo decirte que és –replicó el amigo–, pero una cosa es cierta. Si comprendes el zen, no temerás a la muerte.

–Eso está bien –dijo Kusuda–. Lo intentaré. ¿Dónde puedo encontrar un maestro?

–Vete a ver al maestro Nan-in –le dijo el amigo.

Así pues, Kusuda visitó a Nan-in. Llevaba una daga de nueve pulgadas y media para determinar si el maestro temía morir o no.

Cuando Nan-in vio a Kusuda, exclamó:

–¡Hola, amigo! ¿Cómo estás? ¡Hacía mucho que no nos veíamos!

Esto dejó perplejo a Kusuda, el cual replicó:

–Nunca nos habíamos visto.

–Es verdad –respondió Nan-in–. Te he confundido con otro médico que recibe instrucción aquí.

Con semejante comienzo, Kusuda perdió la ocasión de poner a prueba al maestro, por lo que le preguntó de mala gana si podía recibir instrucción de zen.

–El zen no es una tarea difícil –le dijo Nan-in–. Si eres médico, trata a tus pacientes con amabilidad. Eso es el zen.

Kusuda aún no veía claro de qué manera semejante enseñanza podía eliminar el temor a la muerte. Así pues, en la cuarta visita se quejó:

–Mi amigo me dijo que cuando uno aprende zen pierde el temor a la muerte. Cada vez que vengo aquí, me dices que cuide de mis pacientes. Eso ya lo sé. Si esto es lo que llamas zen, no voy a visitarte nunca más.

Nan-in sonrió y dio unas palmaditas al doctor.

–He sido demasiado estricto contigo. Permíteme que te dé un koan.

Y ofreció a Kusuda el *mu* de Joshu, que es el primer problema iluminador de la mente presentado en el libro titulado *El portal sin puerta*.

Kusuda reflexionó en el problema del *mu* (nada) durante dos años. Al final creyó haber alcanzado la verdad. Pero su maestro comentó:

–Todavía no lo has logrado.

Kasuda siguió concentrándose durante otro año y medio. Su ánimo se volvió plácido. Los problemas se disolvieron. La ausencia de objetos, la nada, se convirtió en la verdad. Atendía bien a los pacientes y, sin que lo supiese siquiera, estaba libre de preocupación por la vida y la muerte.

Entonces, cuando visitó a Nan-in, su antiguo maestro se limitó a sonreír.

絶 *18. Una parábola*

Buda contó una parábola en un sutra:

Un hombre que cruzaba un campo se encontró con un tigre. Huyó y el tigre corrió tras él. Al llegar a un precipicio se agarró a la raíz de una vid silvestre y quedó colgando del borde. El tigre le olisqueaba desde arriba. El hombre, tembloroso, bajó la vista y vio que muy abajo, al pie del precipicio, otro tigre aguardaba para devorarle. Sólo la vid le sostenía.

Dos ratones, uno blanco y otro negro, se pusieron a roer poco a poco la vid. El hombre vio una suculenta fresa cerca de él. Aferrándose a la vid con una mano, arrancó la fresa con la otra. ¡Qué sabor tan dulce tenía!

障 *19. El primer principio*

Cuando uno visita el templo Obaku en Kyoto ve talladas sobre la puerta las palabras «El primer principio». Las letras tienen un tamaño fuera de lo común, y quienes aprecian la caligrafía siempre las admiran como una obra maestra. Las dibujó Kosen hace doscientos años.

Cuando el maestro las trazó lo hizo sobre papel, a partir del cual los artesanos realizaban la talla más grande en madera. Mientras Kosen diseñaba las letras, le acompañaba un discípulo osado que había preparado la tinta para la caligrafía y que nunca dejaba de criticar la obra del maestro.

–Eso no está bien –le dijo a Kosen tras el primer intento.

–¿Y ahora qué te parece?

–Mal, peor que antes –respondió el alumno.

Kosen escribió pacientemente en una hoja de papel tras otra hasta acumular ochenta y cuatro «primeros principios», pero seguía sin tener la aprobación del alumno.

Entonces, cuando el joven salió un momento, Kosen pensó: «Ahora tengo ocasión de esquivar su fina vista», y escribió apresuradamente, con la mente libre de distracciones: «El primer principio».

–Una obra maestra –afirmó el discípulo.

20. *El consejo de una madre*

Jiun, un maestro de la secta Shingon, fue un famoso erudito en sánscrito, de la era Tokugawa. De joven solía impartir lecciones a los alumnos de su hermano.

Su madre, al enterarse, le escribió una carta:

«Hijo mío, no creo que te hicieras devoto de Buda porque desearas convertirte en un diccionario ambulante para los demás. La información y los comentarios, la gloria y el honor, son interminables. Desearía que dejaras de impartir esas lecciones. Enciérrate en un pequeño templo en una zona remota de la montaña. Dedica tu tiempo a la meditación y consigue así la auténtica comprensión.»

音 *21. El sonido de una mano*

El maestro del templo Kennin era Mokurai, Trueno Silencioso. Tenía un pequeño protegido llamado Toyo que sólo contaba doce años de edad. Toyo veía que los discípulos mayores visitaban la habitación del maestro cada mañana y cada tarde, a fin de recibir instrucción en el sanzen o una guía personal, en la que les facilitaban koanes a fin de detener las divagaciones de la mente.

Toyo también quería practicar el sanzen.

–Espera un poco –le dijo Mokurai–. Eres demasiado joven.

Pero el niño insistía, por lo que el maestro finalmente accedió.

A la hora apropiada, cuando atardecía, Toyo se presentó en el umbral de la sala de sanzen de Mokurai. Hizo sonar el gong para anunciar su presencia, se inclinó respetuosamente tres veces ante la puerta y fue a sentarse ante el maestro en respetuoso silencio.

–Cuando bates palmas oyes el sonido de ambas manos –le dijo Mokurai–. Ahora muéstrame el sonido de una sola mano.

Toyo hizo una reverencia y fue a su habitación para reflexionar sobre esta cuestión. Hasta su ventana llegaba la música de las geishas.

–¡Ah, ya lo tengo! –exclamó.

A la mañana siguiente, cuando su maestro le pidió que ilustrara el sonido de una sola mano, Toyo empezó a tocar la música de las geishas.

–No, no –le dijo Mokurai–. Eso nunca servirá, no es el sonido de una sola mano. No lo has comprendido en absoluto.

Pensando que aquella música podría interrumpirle, Toyo se trasladó a un lugar tranquilo y meditó de nuevo. «¿Cuál puede ser el sonido de una mano?» Entonces acertó a oír el goteo de agua. «Ya lo tengo», imaginó Toyo.

Cuando se presentó de nuevo ante su maestro, Toyo imitó el goteo del agua.

–¿Qué es eso? –le preguntó Mokurai–. Eso es el sonido del agua que gotea, pero no el sonido de una mano. Vuélvelo a intentar.

En vano Toyo meditó para oír el sonido de una sola mano. Oyó el suspiro del viento, pero su maestro lo rechazó.

Oyó el ulular de un búho, pero tampoco le fue aceptado.

El sonido de una mano no era el de la cigarra.

Toyo visitó más de diez veces a Mokurai con diferentes sonidos. Todos eran erróneos. Durante casi un año reflexionó sobre cuál podría ser el sonido de una mano.

Finalmente Toyo emprendió la verdadera meditación y trascendió todos los sonidos.

–No pude reunir más –explicó más tarde–, así que llegué al sonido insonoro.

Toyo había comprendido cuál era el sonido de una sola mano.

炎 *22. Mi corazón arde como el fuego*

Soyen Shaku, el primer maestro de zen que llegó a Estados Unidos, decía: «Mi corazón arde como el fuego, pero mis ojos están tan fríos como cenizas apagadas». Compuso las siguientes reglas que practicó todos los días de su vida.

❖

Por la mañana, antes de vestirte, enciende incienso y medita.

Retírate a una hora regular. Toma alimentos a intervalos regulares. Come con moderación y nunca hasta quedar saciado.

Recibe a un invitado con la misma actitud que tienes cuando estás solo. Y cuando estés a solas, mantén la misma actitud que tienes al recibir invitados.

Ten cuidado con lo que dices y, digas lo que digas, practícalo.

Cuando se presenta una oportunidad, no dejes que pase de largo, pero piensa siempre dos veces antes de actuar.

No lamentes el pasado. Mira hacia el futuro.

Ten la actitud valiente de un héroe y el corazón tierno de un niño.

Al retirarte a descansar, duerme como si ése fuera tu último sueño. Al despertar, abandona de inmediato la cama, como si hubieras tirado un par de zapatos viejos.

煙 *23. La partida de Eshun*

Cuando Eshun, la monja zen, tenía más de sesenta años y estaba a punto de abandonar este mundo, pidió a unos monjes que amontonaran madera en el patio.

Se sentó con firmeza en el centro de la pira funeraria y pidió que prendieran fuego alrededor de los bordes.

–¡Oh, madre! –exclamó un monje–. ¿No está muy caliente ahí dentro?

–Una cosa así sólo preocuparía a una persona estúpida como tú –respondió Eshun.

Las llamas se alzaron y la monja falleció.

經 *24. Recitación de sutras*

Un campesino pidió al sacerdote Tendai que recitara sutras para su esposa, la cual había muerto. Después de que la recitación hubiera terminado, el campesino preguntó:

–¿Crees que mi esposa hará algún mérito gracias a esto?

–No sólo tu esposa se beneficiará de la recitación de sutras –respondió el sacerdote–, sino todos los seres sensibles.

–Si dices que todos los seres sensibles se beneficiarán –replicó el campesino–, mi mujer puede ser muy débil y otros se aprovecharán de ella, obteniendo el beneficio que le correspondería. Así pues, te ruego que recites sutras sólo para ella.

El sacerdote le explicó que un budista deseaba ofrecer bendiciones que redundaran en beneficio de todos los seres vivos.

–Esa enseñanza está muy bien –concluyó el campesino–, pero te ruego que hagas una excepción. Tengo un vecino que es rudo y mezquino conmigo. Exclúyele de todos los seres sensibles.

余 *25. Tres días más*

Suiwo, el discípulo de Hakuin, era un buen maestro. Durante un período de retiro veraniego, fue a verle un discípulo procedente de uno de los archipiélagos meridionales de Japón.

Suiwo le presentó el problema: «Oye el sonido de una sola mano».

El discípulo permaneció allí tres años, pero no pudo superar la prueba. Una noche se presentó ante Suiwo con lágrimas en los ojos.

–Debo regresar al sur avergonzado y turbado –le dijo–, porque no puedo resolver mi problema.

–Aguarda una semana más y medita constantemente –le aconsejó Suiwo.

A pesar de todo, el discípulo seguía sin poder alcanzar la iluminación.

–Inténtalo otra semana más –le pidió Suiwo. El discípulo le obedeció, pero fue en vano.

–Date otra semana de plazo.

Pero la nueva prórroga no sirvió de nada. El estudiante, desesperado, rogó al maestro que le permitiera marcharse, pero Suiwo le pidió que meditara durante cinco días. No hubo ningún resultado. Entonces le dijo:

–Medita durante tres días más y entonces, si todavía no alcanzas la iluminación, lo mejor que podrás hacer será suicidarte.

El segundo día el discípulo logró la iluminación.

宣 *26. Intercambio de diálogo por alojamiento*

Siempre que plantee un debate sobre budismo y venza a los residentes, cualquier monje errante puede alojarse en un templo zen. Si sale derrotado, tiene que marcharse.

En un templo de las tierras septentrionales de Japón, vivían juntos dos monjes hermanos. El mayor era un hombre instruido, pero el menor, además de tuerto, era de cortas luces.

Se presentó un monje errante y pidió alojamiento, desafiándoles como era de rigor a un debate sobre la sublime enseñanza. El hermano mayor, cansado aquel día tras largas horas de estudio, le dijo al menor que ocupara su lugar.

–Ve y pídele el diálogo en silencio –le previno.

Así pues, el joven monje y el forastero fueron al santuario y tomaron asiento.

Poco después, el viajero se levantó, fue a ver al hermano mayor y le dijo:

–Tu hermano menor es una persona admirable. Me ha derrotado.

–Cuéntame el diálogo –le pidió el mayor.

–Verás –le explicó el viajero–, primero alcé un dedo que representaba a Buda, el iluminado, así que él alzó dos dedos, que significaban Buda y su enseñanza. Alcé tres dedos, representando a Buda, su enseñanza y sus seguidores que llevan una vida armoniosa. Entonces él agitó el puño cerrado ante mi cara, lo cual indicaba que los tres salen de una misma

comprensión. De este modo ha ganado, como ves, y no tengo derecho a quedarme aquí.

Dicho esto, el viajero se marchó.

El hermano menor llegó corriendo ante su hermano.

–¿Dónde está ese tipo? –le preguntó.

–Tengo entendido que has ganado el debate.

–No he ganado nada. Voy a partirle la cara.

–Háblame sobre el tema del debate –le pidió el mayor.

–Pues mira, nada más verme, alzó un dedo, insultándome al insinuar que tengo un solo ojo. Como era un forastero, pensé que debía ser cortés con él, por lo que alcé dos dedos, felicitándole porque él tenía dos ojos. Entonces ese desgraciado alzó tres dedos, sugiriendo que entre los dos sólo teníamos tres ojos. Así que me enfurecí y me dispuse a pegarle, ¡peró él salió corriendo y así acabó la cosa!

誠 *27. La voz de la felicidad*

Después de la muerte de Bankei, un ciego que vivía cerca del templo del maestro le dijo a un amigo:

–Como estoy ciego, no puedo ver la cara de una persona, y debo juzgar su carácter por el sonido de su voz. En general, cuando oigo a alguien felicitar a otro por su felicidad o su éxito, también oigo un tono de envidia secreta. Cuando se expresa condolencia por la desgracia ajena, percibo placer y satisfacción, como si el que se compadece estuviera en realidad contento porque queda algo de lo que él puede aprovecharse.

»Sin embargo, en toda mi experiencia, la voz de Bankei siempre fue sincera. Cada vez que expresaba felicidad, no oía más que felicidad, y cada vez que expresaba aflicción, aflicción era todo lo que oía.

藏 *28. Abre tu propia casa del tesoro*

Daiju visitó al maestro Baso en China.

–¿Qué buscas? –le preguntó Baso.

–La iluminación –replicó Daiju.

–Tienes tu propia casa del tesoro –comentó Baso–. ¿Por qué lo buscas en el exterior?

–¿Dónde está mi casa del tesoro? –inquirió Daiju.

–Lo que estás preguntando es tu casa del tesoro –respondió Baso.

¡Daiju quedó iluminado! Desde entonces instaba a sus amigos:

–Abre tu propia casa del tesoro y usa esos tesoros.

影 *29. Si no hay agua, no hay luna*

Cuando la monja Chiyono estudiaba zen con Bukko de Engaku, era incapaz de retener durante largo tiempo los frutos de la meditación.

Por fin, una noche iluminada por la luna, acarreaba agua en un viejo cubo reforzado con una tira de bambú. El bambú se rompió, el fondo del cubo se desprendió ¡y en aquel momento Chiyono quedó liberada!

Para conmemorarlo, escribió un poema:

De una y otra manera traté de salvar el viejo cubo
Puesto que la tira de bambú se debilitaba y amenazaba con romperse
Hasta que al final cayó el fondo.
¡No hay más agua en el cubo!
¡No hay más luna en el agua!

五 *30. Tarjeta de visita*

Keichu, el gran maestro zen de la era Meiji, estaba al frente de Tofuku, un gran templo de Kyoto. Un día, el gobernador de la ciudad le llamó por primera vez.

Su ayudante le presentó una tarjeta del gobernador que decía: «Kitagaki, gobernador de Kyoto».

–No tengo nada que ver con esa persona –dijo Keichu a su ayudante–. Dile que se vaya.

El ayudante devolvió la tarjeta al tiempo que ofrecía excusas.

–Ha sido un error mío –dijo el gobernador, y con un lápiz tachó las palabras «gobernador de Kyoto»–. Toma, dásela de nuevo a tu maestro.

–Ah, ¿se trata de Kitagaki? –exclamó el maestro cuando vio la tarjeta–. Quiero ver a ese hombre.

31. Todo es lo mejor

Cuando Banzan paseaba por un mercado, acertó a oír una conversación entre un carnicero y su cliente.

–Dame el mejor pedazo de carne que tengas –dijo cliente.

–Todo lo que hay en mi tienda es lo mejor –replicó el carnicero–. Aquí no puedes encontrar ningún pedazo de carne que no sea el mejor.

Al oír estas palabras, Banzan quedó iluminado.

時 *32. Pulgada tiempo pie gema*

Un noble pidió a Takuan, un maestro de zen, que le sugiriese cómo podría pasar el tiempo, pues tenía la sensación de que sus días se le hacían muy largos, dedicado como estaba a su cargo y a sentarse rígidamente para ser homenajeado por otros.

Takuan escribió ocho idiogramas chinos y se los dio al hombre:

No dos veces este día
Pulgada tiempo pie gema.

Lo cual significaba:
Este día no volverá.
Cada minuto es una gema inapreciable.

握 *33. La mano de Mokusen*

Mokusen Hiki vivía en un templo en la provincia de Tamba. Uno de sus feligreses se quejó de la tacañería de su esposa.

Mokusen visitó a la mujer del feligrés y le mostró el puño cerrado ante la cara.

–¿Qué quieres decir con eso? –le preguntó la mujer, sorprendida.

–Supón que mi puño siempre fuese así. ¿Cómo dirías que está?

–Deformado –respondió la mujer.

Entonces abrió la mano y le mostró la palma.

–Supongamos que fuese así. ¿Qué dirías entonces?

–Otra clase de deformidad –dijo la esposa.

–Si comprendes eso –concluyó Mokusen–, eres una buena esposa.

Dicho esto, se marchó.

Después de su visita, la esposa ayudó al marido tanto a distribuir como a ahorrar.

笑 *34. Una sonrisa en toda su vida*

A Mokugen nunca le vieron sonreír hasta su último día en la tierra. Cuando le llegó la hora, dijo a sus fieles:

–Habéis estudiado bajo mi dirección durante más de diez años. Mostradme vuestra interpretación del zen. Quien lo exprese más claramente será mi sucesor y recibirá mi vestidura y mi cuenco.

Todos miraban el rostro severo de Mokugen, pero nadie respondía.

Encho, un discípulo que había permanecido con su maestro durante largo tiempo, se acercó al lecho y empujó unas cuantas pulgadas la taza de medicina. Ésta fue su respuesta a la orden.

El rostro del maestro se volvió todavía más severo.

–¿Eso es todo lo que entiendes? –le preguntó.

Encho retiró la taza hasta dejarla donde estaba antes.

Una hermosa sonrisa apareció en el semblante de Mo-kugen.

–Pícaro –le dijo a Encho–. Has trabajado diez años conmigo y aún no has visto la totalidad de mi cuerpo. Toma la vestidura y el cuenco. Te pertenecen.

維 *35. Zen para cada minuto*

Los estudiantes de zen están por lo menos diez años con sus maestros antes de que se atrevan a enseñar. Nan-in recibió la visita de Tenno, el cual, tras haber superado la etapa de aprendizaje, se había convertido en maestro. El día era lluvioso, por lo que Tenno calzaba zuecos de madera y llevaba un paraguas. Tras saludarle, Nan-in observó:

–Supongo que has dejado los zuecos en el vestíbulo. Quiero saber si tu paraguas está a la derecha o a la izquierda de los zuecos.

Tenno, confuso, no pudo responderle al instante. Se dio cuenta de que era incapaz de emplear su conocimiento del zen a cada minuto. Se hizo discípulo de Nan-in y estudió seis años más a fin de perfeccionar su zen para cada minuto.

春來遍是桃花水
不辨仙源何處尋

花 *36. Lluvia de flores*

Subhuti era discípulo de Buda. Comprendía la potencia del vacío, el punto de vista de que nada existe excepto en relación con la subjetividad y la objetividad.

Un día Subhuti, en un estado anímico de sublime vacío, estaba sentado bajo un árbol cuando empezaron a caer flores a su alrededor.

–Te alabamos por tu discurso sobre el vacío –le susurraron los dioses.

–Pero no he hablado del vacío –dijo Subhuti.

–No has hablado del vacío, nosotros no hemos oído el vacío –respondieron los dioses–. Ése es el verdadero vacío.

Y las flores cayeron sobre Subhuti como lluvia.

救 *37. La publicación de los sutras*

Tetsugen, devoto del zen en Japón, decidió publicar los sutras, que en aquel tiempo sólo estaban disponibles en chino. Los libros se imprimirían en bloques de madera, con una tirada de siete mil ejemplares, lo cual era una empresa tremenda.

Tetsugen empezó a viajar y recoger donaciones con ese fin. Algunos simpatizantes le daban cien piezas de oro, pero en general sólo recibía monedas de poco valor. Él mostraba idéntica gratitud hacia cada donante. Al cabo de diez años Tetsugen dispuso de suficiente dinero para emprender su tarea.

Sucedió en aquel tiempo que el río Uji se desbordó y a la inundación siguió una hambruna. Tetsugen tomó los fondos que había recogido para los libros y los invirtió en librar a otros del hambre. Entonces inició de nuevo la colecta de dinero.

Varios años después una epidemia se extendió por el país. Tetsugen volvió a donar lo que había recogido para ayudar a su gente.

Por tercera vez emprendió su obra, y al cabo de veinte años logró satisfacer su deseo. Los bloques de madera que produjeron la primera edición de sutras pueden verse hoy en el monasterio Obaku de Kyoto.

Los japoneses cuentan a sus hijos que Tetsugen hizo tres series de sutras, y que las dos primeras series invisibles sobrepasan incluso a la última.

无 *38. La obra de Gisho*

Gisho fue ordenada como monja cuando tenía diez años de edad. Recibió el mismo adiestramiento que los muchachos. Cuando cumplió los dieciséis, deambuló de un maestro de zen a otro, estudiando con todos ellos.

Permaneció tres años con Unzan y seis con Gukei, pero no pudo obtener una visión clara. Finalmente recurrió al maestro Inzan.

Inzan no le mostró la menor distinción en virtud de su sexo. La reñía con la intensidad de una tormenta. Le daba bofetadas para despertar su naturaleza interior.

Gisho permaneció trece años con Inzan, ¡y entonces encontró lo que estaba buscando!

Inzan escribió un poema en su honor:

Esta monja estudió trece años bajo mi guía.
De noche reflexionaba en los koanes más profundos,
Por la mañana se sumía en otros koanes.
La monja china Tetsuma sobrepasó a todas antes que ella,
¡Y desde Mujaku ninguna ha sido tan auténtica como esta Gisho!
Sin embargo, hay muchos más portales para que ella los cruce.
Debería recibir todavía muchos más golpes de mi férreo puño.

Después de que Gisho recibiera la iluminación, se dirigió a la provincia de Banshu, fundó su propio templo de zen y enseñó a otras doscientas monjas hasta que expiró en el mes de agosto.

怠 *39. Dormir de día*

El maestro Soyen Shaku abandonó este mundo a los sesenta y un años de edad. Culminó la obra de su vida y dejó una gran enseñanza, mucho más fecunda que la de la mayoría de maestros de zen. A mediados del verano, sus alumnos solían dormir de día y, aunque él hacía la vista gorda, por su parte jamás perdía un minuto.

Cuando sólo tenía doce años, ya estudiaba las especulaciones filosóficas de la secta Tendai. Un día de verano, la atmósfera era tan bochornosa que el pequeño Soyen estiró las piernas y fue a dormir mientras su maestro estaba ausente.

Habían pasado tres horas cuando, al despertar de repente, oyó entrar a su maestro, pero ya era demasiado tarde. Allí estaba, espatarrado junto a la puerta.

–Perdona, por favor, perdona –le susurró su maestro, pasando con cuidado por encima del cuerpo de Soyen como si fuese el de un invitado distinguido.

Después de este incidente, Soyen jamás volvió a dormir por la tarde.

夢 *40. En la tierra de los sueños*

–Nuestro maestro de escuela solía echar la siesta cada tarde –relató un discípulo de Soyen Shaku–. Los niños le preguntamos por qué lo hacía y él respondió: «Voy a la tierra de los sueños para reunirme con los sabios antiguos, como hacía Confucio». Cuando Confucio dormía, soñaba con antiguos sabios y más tarde hablaba de ello a sus discípulos.

»Un día hacía un calor terrible, por lo que algunos echamos la siesta. Nuestro maestro nos regañó. "Hemos ido a la tierra de los sueños para conocer a los sabios antiguos, como hacía Confucio", le explicamos. "¿Cuál ha sido el mensaje de esos sabios?", inquirió el maestro. Uno de nosotros respondió: "Fuimos al país de los sueños, nos reunimos con los sabios y les preguntamos si nuestro maestro de escuela iba allí cada tarde, pero ellos dijeron que jamás habían visto a esa persona".

捨 *41. El zen de Joshu*

Joshu inició el estudio del zen cuando tenía sesenta años y lo prosiguió hasta los ochenta, cuando comprendió lo que era el zen.

Enseñó desde los ochenta años hasta los ciento veinte. Cierta vez, un alumno le preguntó:

–¿Qué debo hacer si no tengo nada en la mente?

–Arrojarlo –replicó Joshu.

–Pero si no tengo nada, ¿cómo puedo arrojarlo? –insistió el que le interrogaba.

–Bueno –dijo Joshu–, entonces llévalo a cabo.

擬 *42. La respuesta del muerto*

Cuando Mamiya, quien más adelante se convirtió en un famoso predicador, recurrió a un maestro para que le orientara personalmente, éste le pidió que le explicara el sonido de una sola mano.

Mamiya se concentró en lo que podría ser el sonido de una mano.

–No trabajas con suficiente intensidad –le dijo su maestro–. Te gusta demasiado la comida, la riqueza, las cosas y ese sonido. Sería mejor que te murieses. Eso resolvería el problema.

La siguiente vez que Mamiya se presentó ante su maestro, éste volvió a preguntarle cuál creía que era el sonido de una mano. Mamiya se dejó caer al suelo como si estuviera muerto.

–Estás muerto, de acuerdo –observó el maestro–. Pero ¿qué me dices de ese sonido?

–Eso aún no lo he resuelto –replicó Mamiya, alzando la vista.

–Los muertos no hablan –dijo el maestro–. ¡Vete!

賤 *43. El zen en la vida de un mendigo*

Tosui fue un maestro de zen muy conocido en su época. Había vivido en varios templos y enseñado en diversas provincias.

El último templo que visitó tenía tantos feligreses que Tosui les dijo que iba a suspender totalmente sus lecciones. Les aconsejó que se dispersaran y fuesen donde desearan. Después nadie pudo encontrar rastro de él.

Al cabo de tres años, uno de sus discípulos descubrió que vivía con unos mendigos bajo un puente de Kyoto. En seguida imploró a Tosui que le enseñara.

–Si puedes hacer lo que yo hago durante un par de días, tal vez te enseñe –replicó Tosui.

Así pues, el antiguo discípulo se disfrazó de mendigo y pasó un día con Tosui. Al día siguiente murió uno de los mendigos. Tosui y su discípulo se llevaron el cadáver a medianoche y lo enterraron en la ladera de una montaña. Después regresaron a su refugio bajo el puente.

Tosui durmió profundamente el resto de la noche, pero el discípulo no pudo conciliar el sueño. Por la mañana, Tosui le dijo:

–Hoy no tenemos que mendigar comida. Hay unas sobras de nuestro amigo muerto.

Pero el discípulo fue incapaz de probar un solo bocado.

–Ya me parecía que no podrías hacer lo mismo que yo –concluyó Tosui–. Vete de aquí y no vuelvas a molestarme.

悟賊

44. El ladrón que se convirtió en discípulo

Una tarde, cuando Shichiri Kojun estaba recitando sutras, entró un ladrón armado con una espada de hoja afilada, exigiéndole la bolsa o la vida.

–No me molestes –le dijo Shichiri–. El dinero está en ese cajón.

Dicho esto, reanudó su recitación, pero poco después se interrumpió y dijo:

–No te lo lleves todo. Necesito una parte para pagar mañana los impuestos.

El intruso recogió la mayor parte del dinero y se dispuso a marcharse.

–Da las gracias a una persona cuando te hace un regalo –añadió Shichiri.

El hombre le dio las gracias y desapareció.

Al cabo de unos días detuvieron al individuo y confesó, entre otros, el robo a Shichiri. Cuando llamaron a éste para que declarase como testigo, respondió:

–Este hombre no es un ladrón, al menos por lo que a mí respecta. Le di el dinero y él me lo agradeció.

Cuando terminó de cumplir su condena, el hombre fue al encuentro de Shichiri y se convirtió en discípulo suyo.

盗 *45. Lo que está bien y lo que está mal*

Cuando Bankei realizaba retiros semanales de meditación, asistían discípulos de muchos lugares de Japón. Durante uno de aquellos encuentros se sorprendió a un discípulo robando. Informaron a Bankei y le pidieron que expulsara al culpable. Bankei no hizo caso.

Más adelante volvieron a sorprender al pupilo in fraganti y Bankei tampoco tomó ninguna medida. Esto enojó a los demás discípulos, los cuales presentaron al maestro una petición por escrito para que despidiera al ladrón, diciendo que, de lo contrario, todos ellos se marcharían.

Cuando Bankei hubo leído la petición, los convocó a todos.

–Sois hermanos juiciosos –les dijo–. Sabéis lo que está bien y lo que está mal. Podéis ir a estudiar a otra parte si lo deseáis, pero este pobre hermano ni siquiera distingue lo bueno de lo malo. ¿Quién le enseñará si no lo hago yo? Voy a tenerle aquí aunque todos los demás os marchéis.

Un torrente de lágrimas limpió el rostro del hermano que había robado. Todo deseo de robar se había desvanecido.

草木

46. De cómo la hierba y los árboles alcanzan la iluminación

En el transcurso del período de Kamakura, Shinkan estudió a lo largo de seis años en la escuela Tendai y luego zen durante siete años. Entonces viajó a China y meditó en el zen otros trece años.

Cuando regresó a Japón muchos deseaban entrevistarle y hacerle preguntas abstrusas. Pero cuando Shinkan recibía a los visitantes, cosa que no era frecuente, raramente respondía a sus preguntas.

Cierto día, un estudioso de la iluminación que tenía cincuenta años le dijo a Shinkan:

–He estudiado la escuela de pensamiento Tendai desde que era niño, pero hay una cosa que no puedo comprender. Tendai afirma que incluso la hierba y los árboles alcanzarán la iluminación. Eso me parece muy extraño.

–¿De qué sirve discutir de qué manera la hierba y los árboles alcanzarán la iluminación? –le preguntó Shinkan–. Lo que importa es la manera en que tú lo conseguirás. ¿Has pensado alguna vez en eso?

–Nunca lo había pensado de ese modo –dijo el hombre, admirado.

–Entonces vete a casa y medita sobre ello –concluyó Shinkan.

畫 *47. El artista tacaño*

Gessen era un monje artista. Antes de comenzar un dibujo o una pintura siempre insistía en que le pagaran por adelantado, y su tarifa era elevada. Le llamaban el «artista tacaño».

Cierta vez, una geisha le encargó una pintura.

–¿Cuánto puedes pagar? –inquirió Gessen.

–Lo que pidas –respondió la joven–, pero quiero que hagas la obra delante de mí.

Así pues, un día la geisha llamó a Gessen. Daba una fiesta a su cliente.

Gessen realizó la pintura con diestras pinceladas. Una vez terminada, pidió la suma más elevada que se había pedido en aquella época.

Recibió lo que pedía. Entonces la geisha se volvió hacia su cliente y le dijo:

–Todo lo que este artista quiere es dinero. Sus pinturas están bien, pero su mente es sucia, el dinero la ha enfangado. No merece la pena exhibir una obra pintada por una mente tan sucia. Sólo es adecuada para una de mis enaguas.

Entonces se quitó la falda y pidió a Gessen que hiciera otra pintura en la parte trasera de su enagua.

–¿Cuánto me pagarás? –le preguntó Gessen.

–Oh, cualquier cifra.

Gessen propuso un precio desorbitado, hizo la pintura y se marchó.

Más adelante se supo que Gessen tenía tres razones para desear dinero:

Una hambruna devastadora visitaba a menudo su provincia. Los ricos no ayudaban a los pobres, por lo que Gessen tenía un almacén secreto, que nadie más que él conocía y lo conservaba lleno de grano, preparado para esas emergencias.

Desde su pueblo hasta el Santuario Nacional, la carretera estaba en muy mal estado y muchos viajeros tenían dificultades para transitar por ella. Deseaba construir una carretera mejor.

Su maestro había fallecido sin satisfacer el deseo de levantar un templo, y Gessen deseaba completar ese templo por él.

Después de que Gessen hubiera satisfecho sus tres deseos, arrojó los pinceles y materiales de artista, se retiró a las montañas y no volvió a pintar jamás.

澼 *48. Una proporción exacta*

Sen no Rikyu, un maestro de la ceremonia del té, deseaba colgar un cesto con flores de una columna. Pidió a un carpintero que le ayudara y le dio instrucciones para que colocara el cesto un poco más alto o más bajo, hasta que encontró exactamente el punto apropiado.

–Ése es el lugar –dijo finalmente Sen no Rikyu.

El carpintero, para poner a prueba al maestro, señaló el punto y luego fingió que lo había olvidado. ¿Era aquél el lugar?

–¿Era aquí, tal vez? –preguntaba el carpintero una y otra vez, señalando diversos lugares de la columna.

Pero tan preciso era el sentido de la proporción que tenía el maestro de la ceremonia del té que hasta que el carpintero señaló de nuevo el sitio exacto no le dio su aprobación.

惡 *49. Un Buda de nariz negra*

Una monja que buscaba la iluminación hizo una estatua de Buda y la recubrió con pan de oro. Adondequiera que iba llevaba aquella estatua dorada de Buda consigo.

Transcurrieron los años y, todavía con su Buda a cuestas, la monja fue a vivir a un pequeño templo en una región donde había muchos Budas, cada uno de ellos con su santuario particular.

La monja deseaba quemar incienso ante el Buda dorado. Como no le gustaba la idea de que el perfume alcanzara a las otras imágenes, ideó un embudo a través del cual el humo ascendería tan sólo a su estatua. Esto ennegreció la nariz del Buda dorado, dándole un aspecto especialmente feo.

50. *La clara comprensión de Ryonen*

La monja budista conocida como Ryonen nació en 1797. Era nieta del famoso guerrero japonés Shingen. Su genio poético y su atractiva belleza eran tales que a los diecisiete años servía a la emperatriz como una de las damas de la corte. Incluso a una edad tan juvenil le aguardaba la fama.

La amada emperatriz falleció de repente y los esperanzados sueños de Ryonen se desvanecieron. Adquirió una aguda conciencia de lo efímero de la vida en este mundo. Fue entonces cuando deseó estudiar el zen.

Sin embargo, sus familiares no estaban de acuerdo y prácticamente la obligaron a casarse. Ryonen asintió cuando le prometieron que podría ser monja después de haber tenido tres hijos. Antes de los veinticinco años se hallaba en condiciones de realizar su deseo, y ni su marido ni sus familiares pudieron disuadirla. Se rapó la cabeza, adoptó el nombre de Ryonen, que significa comprender claramente, y emprendió su peregrinaje.

Llegó a la ciudad de Edo y pidió a Tetsugyu que la aceptara como discípula. Al maestro le bastó una sola mirada para rechazarla, porque era demasiado hermosa.

Entonces Ryonen fue al encuentro de otro maestro, Hakuo, el cual la rechazó por el mismo motivo, diciendo que su belleza no haría más que causar problemas.

Ryonen se hizo con una barra de hierro candente y se la aplicó al rostro. En unos instantes su belleza se había desvanecido para siempre.

Entonces Hakuo la aceptó como discípula.

Para conmemorar esta ocasión, Ryonen escribió un poema en el reverso de un espejito:

Al servicio de mi emperatriz, quemé incienso
para perfumar mis ropas exquisitas,
Ahora, como mendicante sin hogar, quemo mi rostro
a fin de ingresar en un templo zen.

Cuando Ryonen estaba a punto de abandonar este mundo, escribió otro poema:

Sesenta y seis veces han contemplado estos ojos
la cambiante escena del otoño,
He dicho lo suficiente sobre la luz de la luna,
No me pidáis más.
Escuchad tan sólo la voz de los pinos y los cedros
Cuando no hay el menor soplo de viento.

膳 *51. Miso agrio*

El monje cocinero Dairyo, que trabajaba en el monasterio de Bankei, decidió que cuidaría de la salud de su viejo maestro y sólo le daría miso fresco, una pasta de judía de soja mezclada con trigo y levadura que a menudo fermenta. Cuando Bankei observó que le servían un miso mejor que el de sus discípulos, preguntó:

–¿Quién es hoy el cocinero?

Dairyo se presentó ante él y dijo a Bankei que, de acuerdo con su edad y posición, sólo debía tomar miso fresco. Así pues, Bankei dijo al cocinero:

–Entonces crees que no debería comer en absoluto.

Dicho esto, entró en su habitación y cerró la puerta.

Dairyo, sentado en el exterior, pidió perdón a su maestro, pero Bankei no le respondía. Durante siete días Dairyo se sentó fuera y Bankei dentro.

Finalmente, un miembro del monasterio, desesperado, se dirigió a voz en grito a Bankei:

–¡Puede que tengas razón, viejo maestro, pero este joven discípulo tiene que comer! ¡No puede seguir sin comida eternamente!

Al oírlo, Bankei abrió la puerta. Sonriente, le dijo a Dairyo:

–Insisto en comer lo mismo que el último de mis seguidores. Cuando llegues a ser el maestro, no quiero que lo olvides.

滅 *52. Tu luz se puede apagar*

Un estudiante de Tendai, una escuela filosófica de budismo, llegó a la morada del maestro de zen Gasan para ser discípulo suyo. Al cabo de unos años, cuando se disponía a partir, Gasan le advirtió:

–Estudiar especulativamente la verdad es útil como una manera de recoger material para la prédica, pero recuerda que, a menos que medites constantemente, tu luz de verdad puede apagarse.

諺 *53. El que da es quien debería estar agradecido*

Cuando Seisetsu era el maestro de Engaku en Kamakura, solicitó una sala más grande, puesto que el lugar donde impartía su enseñanza estaba abarrotado. Umezu Sei-bei, un mercader de Edo, decidió hacer donación de quinientas piezas de oro llamadas *ryo* para la construcción de una escuela más espaciosa. El mercader entregó este dinero al maestro.

–Muy bien, lo tomaré –dijo Seisetsu.

Umezu dio a Seisetsu el saco de oro, pero estaba insatisfecho con la actitud del maestro. Tres *ryo* bastaban para que uno pudiera vivir todo el año, y al mercader ni siquiera le habían agradecido los quinientos.

–En ese saco hay quinientos *ryo*... –insinuó Umezu.

–Ya me lo has dicho antes –replicó Seisetsu.

–Aunque sea un mercader rico, quinientos *ryo* es mucho dinero –dijo Umezu.

–¿Quieres que te dé las gracias por ello? –inquirió Seisetsu.

–Deberías hacerlo.

–¿Por qué habría de hacerlo? –inquirió Seisetsu–. El que da es quien debería estar agradecido.

遺 *54. La última voluntad y el testamento*

Ikkyu, un famoso maestro de zen, de la era Ashikaga, era hijo del emperador. Cuando era muy joven, su madre abandonó el palacio y fue a estudiar a un templo zen. De esta manera el príncipe Ikkyu también se convirtió en estudiante. Cuando su madre murió, le dejó una carta que decía así:

A Ikkyu:

He finalizado mi labor en esta vida y ahora regreso a la eternidad. Deseo que llegues a ser un buen estudiante y realices tu naturaleza de Buda. Sabrás si estoy en el infierno y si siempre estoy contigo o no.

Si te conviertes en un hombre que comprende que el Buda y su seguidor Bodhidharma son sus servidores, puedes abandonar el estudio y trabajar para la humanidad. El Buda predicó durante cuarenta y nueve años y en todo ese tiempo no le pareció necesario decir una sola palabra. Deberías saber por qué. Pero si no lo sabes y todavía deseas saberlo, evita pensar infructuosamente.

Tu madre,
Ni nacida ni muerta.
1.º de septiembre.

P. S. El propósito principal de la enseñanza de Buda era la iluminación del prójimo. Si dependes de cualquiera de sus métodos, no eres más que un insecto ignorante. Hay 80.000 libros sobre budismo, y si los leyeras todos y siguieras sin ver tu propia naturaleza, ni siquiera entenderías esta carta. Ésta es mi voluntad y mi testamento.

殺
意

55. El maestro de la ceremonia del té y el asesino

Taiko, un guerrero que vivió en Japón antes de la era Tokugawa, estudió Cha-no-yu, la ceremonia del té, con Sen no Rikyu, maestro de esa expresión estética de serenidad y contento.

El ayudante de Taiko, el guerrero Kato, interpretó este entusiasmo de su superior por la ceremonia del té como descuido de los asuntos de estado, por lo que decidió matar a Sen no Rikyu. Fingió hacer una visita social al maestro y éste le invitó a tomar té.

El maestro, que era muy hábil en su arte, vio en seguida la intención del guerrero, por lo que invitó a Kato a dejar su espada en el exterior antes de entrar en la sala de la ceremonia, explicándole que Cha-no-yu representa la misma paz.

Kato no accedió a ello.

–Soy un guerrero –le dijo–. Siempre llevo la espada conmigo. Con Cha-no-yu o sin ella, no suelto mi espada.

–Muy bien –consintió Sen no Rikuy–. Entra con tu espada y toma el té.

La tetera hervía en el fuego de carbón. De repente, Sen no Rikyu la volcó. Se alzó vapor siseante, llenando la habitación de humo y cenizas. El guerrero, sobresaltado, salió de la sala.

El maestro de la ceremonia del té se excusó.

–Ha sido culpa mía. Vuelve y toma el té. Tu espada está llena de cenizas. La limpiaré y te la daré.

En esta apurada situación, el guerrero comprendió que sería difícil matar al maestro de la ceremonia del té, así que abandonó la idea.

道 *56. El camino verdadero*

Poco antes de que Ninakawa falleciera, le visitó el maestro Ikkyu.

–¿Quieres que te guíe? –le preguntó Ikkyu.

–He venido aquí solo y me voy solo –replicó Ninakawa–. ¿Qué ayuda podrías prestarme?

Ikkyu respondió:

–Si crees que realmente vienes y te vas, sufres un engaño. Déjame que te muestre el camino en el que no hay ida ni vuelta.

Con estas palabras, Ikkyu le había revelado el camino tan claramente que Ninakawa sonrió y expiró.

門 *57. Las puertas del paraíso*

Un soldado llamado Nobushige se presentó ante Hakuin y le preguntó:

–¿Existe realmente un paraíso y un infierno?

–¿Quién eres tú? –inquirió Hakuin.

–Soy un samurai –replicó el guerrero.

–¡Tú, un soldado! –exclamó Hakuin–. ¿Qué clase de dirigente te querría por guardián? Tu cara parece la de un pordiosero.

Nobushige se enojó tanto que empezó a desenvainar la espada, pero Hakuin siguió diciéndole:

–¡De modo que tienes una espada! Probablemente tu arma está demasiado embotada para cortarme la cabeza.

Mientras Nobushige desenvainaba la espada, Hakuin observó:

–¡Aquí se abren las puertas del infierno!

Al oír estas palabras, el samurai, percibiendo la disciplina del maestro, envainó la espada e inclinó la cabeza.

–Aquí se abren las puertas del paraíso –dijo Hakuin.

裁 *58. La detención de la estatua de Buda*

Un mercader que llevaba cincuenta rollos de tela de algodón sobre los hombros, se detuvo para reponerse del calor de la jornada bajo un refugio donde se alzaba una gran estatua de Buda. Se quedó dormido y, al despertar, los rollos habían desaparecido. Inmediatamente fue a la policía y puso una de-nuncia.

Un juez llamado O-oka ordenó que se realizara una investigación.

–Ese Buda de piedra debe de haber robado el género –concluyó el juez–. Tiene que cuidar del bienestar de la gente, pero ha dejado de llevar a cabo su sagrado deber. Detenedle.

La policía detuvo al Buda de piedra y lo condujo ante el tribunal. Una ruidosa multitud siguió a la estatua, llena de curiosidad por saber qué clase de sentencia estaba a punto de imponer el juez.

Cuando O-oka se sentó en el estrado, reconvino al turbulento público.

–¿Qué derecho tenéis a aparecer ante el tribunal riendo y bromeando de esa manera? Voy a poneros una multa y encarcelaros por desacato al tribunal.

La gente se apresuró a pedir disculpas.

–Tendré que imponeros una multa –dijo el juez–, pero os la perdonaré siempre que cada uno de vosotros presente un rollo de algodón al tribunal antes de tres días. Todo aquel que no lo haga será detenido.

El mercader reconoció en seguida como propio uno de los rollos de tela que llevó la gente, y así se descubrió fácilmente al ladrón. El mercader recobró su género y los rollos de algodón fueron devueltos a la gente.

將 *59. Soldados de la humanidad*

Cierta vez, una división del ejército japonés estaba trabada en un combate simulado, y algunos de los oficiales consideraron necesario establecer su cuartel general en el templo de Gasan.

Gasan le dijo a su cocinero:

–Que los oficiales tomen la misma comida sencilla que nosotros.

Esto enojó mucho a los oficiales, pues estaban acostumbrados a un trato muy deferente. Uno de ellos se acercó a Gasan y le dijo:

–¿Quién te crees que eres? Nosotros somos soldados y sacrificamos nuestras vidas por el país. ¿Por qué no nos tratáis en consonancia?

–¿Quién creéis que somos *nosotros*? –respondió severamente Gasan–. Somos soldados de la humanidad, y nuestro objetivo es el de salvar a todos los seres sensibles.

路 *60. El túnel*

Zenkai, hijo de un samurai, viajó a Edo y allí se convirtió en servidor de un alto funcionario. Se enamoró de la esposa de éste y fue descubierto. Entonces mató al funcionario en defensa propia y huyó con la esposa.

Más adelante los dos se dedicaron al robo, pero la mujer era tan codiciosa que Zenkai estaba cada vez más disgustado. Finalmente la abandonó, emprendió un largo viaje hasta la provincia de Buzen y allí se convirtió en mendigo errante.

A fin de expiar su pasado, Zenkai decidió llevar a cabo alguna buena acción en su vida. Sabía de un camino peligroso en lo alto de un despeñadero que había causado la muerte y lesiones a muchas personas, y resolvió abrir un túnel a través de la montaña.

Durante el día, Zenkai pedía comida, y por la noche se dedicaba a excavar el túnel. Al cabo de treinta años, el túnel medía 635 metros de largo, 6 de alto y 9,5 de ancho.

Dos años antes de que la obra estuviera completada el hijo del funcionario al que había matado, que era un hábil espadachín, descubrió a Zenkai y se presentó para vengarse matándole.

–Te daré mi vida de buen grado –le dijo Zenkai–, pero déjame terminar mi obra. El día que esté completa, podrás matarme.

Así pues, el hijo aguardó el día. Transcurrieron varios meses y Zenkai seguía excavando. El hijo se cansó de no hacer nada y fue a ayudarle en la excavación. Tras prestarle ayuda durante más de un año, llegó a admirar la fuerte voluntad y el carácter de Zenkai.

Por fin el túnel estuvo terminado y la gente pudo usarlo y viajar con seguridad.

–Ahora córtame la cabeza –dijo Zenkai–. He terminado mi obra.

–¿Cómo podría cortarle la cabeza a mi maestro? –preguntó el hombre más joven a Zenkai con lágrimas en los ojos.

61. *Gudo y el emperador*

El emperador Goyozei estudiaba zen bajo la guía de Gudo, a quien preguntó:

–Según el zen, esta misma mente es Buda. ¿Es eso correcto?

–Si digo que sí –respondió Gudo–, creeréis que entendéis sin entender. Si digo que no, contradiría un hecho que muchos entienden muy bien.

Otro día el emperador preguntó a Gudo:

–¿Adónde va el hombre iluminado cuando muere?

–No lo sé –respondió Gudo.

–¿Por qué no lo sabes? –inquirió el emperador.

–Porque aún no me he muerto –replicó Gudo.

El emperador titubeó antes de preguntarle más sobre esas cosas que la mente no puede comprender. Entonces Gudo golpeó el suelo con la mano, como para despertarle, ¡y el emperador quedó iluminado!

El emperador respetó el zen y al viejo Gudo más que antes de su iluminación, e incluso le permitió llevar puesto el sombrero en palacio durante el invierno. Cuando Gudo tenía más de ochenta años, solía quedarse dormido en medio de la lección, y el emperador se retiraba en silencio a otra sala a fin de que su querido maestro pudiera disfrutar del descanso que requería su viejo cuerpo.

運 *62. En las manos del destino*

Un gran guerrero japonés llamado Nobunaga decidió atacar al enemigo aunque sólo contaba con la décima parte del número de hombres que tenía el otro bando. Sabía que iba a vencer, pero sus soldados lo dudaban.

Por el camino se detuvo en un santuario sintoísta y dijo a sus hombres:

–Después de visitar el santuario, arrojaré una moneda. Si sale cara, ganaremos, y si sale cruz, perderemos. El destino nos tiene en sus manos.

Nobunaga entró en el santuario y ofreció una plegaria silenciosa. Entonces se reunió con sus hombres y arrojó una moneda. Salió cara. Los soldados estaban tan deseosos de luchar que ganaron rápidamente el combate.

–Nadie puede cambiar la mano del destino –le dijo su ayudante después de la batalla.

–Desde luego que no –dijo Nobunaga, enseñándole una moneda que en realidad eran dos pegadas y mostraba cara por ambos lados.

亡 *63. Matar*

Un día Gasan instruía así a sus discípulos:

–Quienes son contrarios a matar y quienes desean respetar las vidas de todos los seres conscientes tienen razón. Es bueno proteger incluso a los animales, a los insectos. ¿Pero qué decir de esas personas que matan el tiempo, de esas que destruyen la salud y las que destruyen la economía política? No debemos pasarlas por alto. Y además, ¿qué decir del que predica sin iluminación? Está matando el budismo.

𓀀 *64. El sudor de Kasan*

Pidieron a Kasan que oficiara en el funeral de un señor provincial.

Nunca había estado antes entre señores y nobles, y se sentía nervioso. Cuando comenzó la ceremonia, Kasan sudaba.

Luego, a su regreso, convocó a sus discípulos. Kasan confesó que no estaba cualificado para ser maestro, pues no tenía un comportamiento similar en el mundo de la fama al que poseía en el templo recoleto. Entonces Kasan dimitió y se convirtió en discípulo de otro maestro. Ocho años después volvió con sus antiguos discípulos, iluminado.

治 *65. La subyugación de un espectro*

Una joven esposa cayó enferma y estaba a punto de morir.

–Te amo tanto –le dijo a su marido–, que no quiero abandonarte. No te vayas con ninguna otra mujer. Si lo haces, regresaré como un espectro y te causaré un sinfín de trastornos.

La esposa no tardó en morir. El marido respetó el último deseo de su esposa durante los tres primeros meses, pero entonces conoció a otra mujer y se enamoró de ella. Los dos se prometieron en matrimonio.

Inmediatamente después del compromiso, cada noche se le aparecía al hombre un espectro, culpándole por no haber mantenido su promesa. Además, era un fantasma inteligente, pues le decía exactamente lo que había ocurrido entre él y su prometida. Cada vez que le hacía a ésta un regalo, el espectro lo describía con detalle. Incluso repetía sus conversaciones, e incomodaba tanto al hombre que no podía dormir. Alguien le aconsejó que consultara su problema con un maestro de zen que vivía cerca del pueblo. Al final, desesperado, el pobre hombre fue a verle y le pidió ayuda.

–Tu difunta esposa se ha convertido en un espectro y sabe todo lo que haces –comentó el maestro–. Cualquier cosa que hagas o digas, cualquier cosa que regales a tu amada, ella está al corriente. Debe de ser un espectro muy sabio, y la verdad es que deberías admirar a un espectro de tales características. La próxima vez que se presente, haz un trato con ella. Dile que sabe tanto que no puedes ocultarle nada, y que si responde a una pregunta, prometes romper tu compromiso y seguir viviendo solo.

–¿Qué pregunta debo hacerle? –inquirió el hombre.

El maestro respondió:

–Toma un puñado de semillas de soja y pregúntale cúantas semillas exactamente tienes en la mano. Si no puede decírtelo, sabrás que sólo es un producto de tu imaginación y ya no te turbará más.

A la noche siguiente, cuando apareció el espectro, el hombre le halagó y le dijo que lo sabía todo.

–Pues claro –replicó el espectro–, y sé que hoy has ido a ver a ese maestro de zen.

–Ya que sabes tanto, ¡dime cuántas semillas tengo en esta mano!

Ya no estaba presente ningún espectro para responder a la pregunta.

眠 *66. Los hijos de Su Majestad*

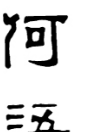
Yamaoka Tesshu era tutor del emperador. También era maestro de esgrima y un buen estudiante de zen.

Su hogar era una morada de vagabundos. Sólo tenía una muda de ropa, pues aquella gente le mantenía en un estado perpetuo de pobreza.

El emperador, al ver lo gastadas que estaban sus ropas, dio a Yamaoka algún dinero para que se comprase unas nuevas. La siguiente vez que apareció Yamaoka llevaba la misma indumentaria que antes.

–¿Qué ha sido de tus prendas nuevas, Yamaoka? –le preguntó el emperador.

–He proporcionado ropas a los hijos de Vuestra Majestad –le explicó Yamaoka.



67. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué estás diciendo?

En los tiempos modernos se dicen muchas tonterías sobre los maestros y los discípulos, así como sobre la herencia de la enseñanza de un maestro que reciben sus discípulos predilectos y que les autoriza a transmitir la verdad a sus partidarios. Por supuesto, el zen debería impartirse de esta manera, de un corazón a otro, y en el pasado se hacía realmente así. Reinaban el silencio y la humildad, más que las declaraciones y los asertos. Quien recibía esa enseñanza, la mantenía oculta incluso pasados veinte años. Hasta que otro, debido a su propia necesidad, descubría que tenía a un auténtico maestro a su alcance, el hecho de que la enseñanza había sido impartida era desconocido, e incluso entonces la ocasión surgía con toda naturalidad y la enseñanza avanzaba por derecho propio. Bajo ninguna circunstancia el maestro decía jamás: «Soy el sucesor de Fulano». Tal afirmación demostraría todo lo contrario.

El maestro de zen Mu-nan tuvo un único sucesor, llamado Shoju. Cuando éste hubo completado sus estudios de zen, Mu-nan le llamó a su habitación.

–Me estoy haciendo viejo –le dijo–. Que yo sepa, Shoju, eres el único que transmitirá esta enseñanza. Aquí tienes un libro, que ha pasado de un maestro a otro durante siete generaciones. También he añadido muchas cosas según mi comprensión personal. El libro es muy valioso, y te lo doy para representar tu condición de sucesor.

–Si el libro es tan valioso, sería mejor que lo conserves –replicó Shoju–. Me has enseñado el zen sin escritos y estoy satisfecho con él tal como es.

–Ya lo sé –dijo Mu-nan–. De todos modos, esta obra ha pasado de un maestro a otro durante siete generaciones, por lo que puedes quedártela como un símbolo de que has recibido la enseñanza. Tómala.

Los dos hombres estaban hablando ante un brasero. En el instante en que Shoju tuvo el libro en las manos lo dejó caer a los carbones ardientes. No tenía ningún deseo de posesiones.

–¿Qué estás haciendo? –gritó Mu-nan, quien nunca se había encolerizado hasta entonces.

Shoju le replicó con otro grito:

–¿Qué estás diciendo?

笛 *68. Una nota de zen*

Después de que Kakua visitara al emperador, desapareció sin que nadie supiera lo que había sido de él. Fue el primer japonés que estudió zen en China, pero como no mostró nada, salvo una nota musical, no se le recuerda por haber llevado el zen a su país.

Kakua visitó China y aceptó la verdadera enseñanza. No viajó durante su estancia en el país. Se retiró a un lugar apartado, en una montaña, y vivió allí meditando constantemente. Cada vez que alguien daba con él y le preguntaba por la manera de predicar, él les decía unas cuantas palabras y se iba a otra parte de la montaña, donde sería más difícil que le encontraran.

El emperador oyó hablar de Kakua cuando éste regresó a Japón, y le pidió que predicara el zen para su edificación y la de sus súbditos.

Kakua se sentó ante el emperador en silencio. Entonces se sacó una flauta de entre los pliegues de la túnica y tocó una sola y breve nota, tras lo cual hizo una cortés reverencia y desapareció.

罪 *69. Comerse la culpa*

Un día una serie de circunstancias retrasaron la preparación de la cena de Fugai, un maestro de zen en la variedad Soto, y sus seguidores. El cocinero salió apresuradamente al huerto provisto de su cuchillo y cortó las partes superiores de unas verduras, las redujo a trocitos e hizo la sopa, sin saber que, a causa de la prisa, había incluido un trozo de una serpiente que estaba entre las verduras.

Los seguidores de Fugai pensaban que nunca habían probado una sopa tan deliciosa, pero cuando el maestro encontró la cabeza de serpiente en su cuenco, llamó al cocinero.

–¿Qué es esto? –le preguntó, mostrándole la cabeza de serpiente.

–Oh, gracias, maestro –replicó el cocinero, tomando el bocado y engulléndolo rápidamente.

猫

頭 *70. El objeto más valioso del mundo*

Un alumno preguntó a Sozan, maestro de zen chino:

–¿Cuál es el objeto más valioso del mundo?

–La cabeza de un gato muerto –respondió el maestro.

–¿Por qué la cabeza de un gato muerto es el objeto más valioso del mundo? –inquirió el estudiante.

–Porque nadie puede decir su precio –replicó Sozan.

默 *71. Aprender a estar en silencio*

Los discípulos de la escuela Tendai solían estudiar meditación antes de que el zen llegara a Japón. Cuatro de ellos, que eran amigos íntimos, se prometieron entre sí que observarían siete días de silencio.

El primer día todos guardaron silencio. Su meditación había empezado con buenos augurios, pero cuando anocheció y las lámparas de aceite iluminaban poco, uno de los discípulos se dirigió a un criado sin poder evitarlo:

–Arregla esas lámparas.

El segundo discípulo se sorprendió al oír hablar al pri-mero.

–No teníamos que decir una sola palabra –observó.

–Qué estúpidos sois los dos. ¿Por qué habláis? –preguntó el tercero.

–Yo soy el único que no ha hablado –concluyó el cuarto discípulo.

愚 *72. El señor zoquete*

A dos maestros de zen, Daigu y Gudo, les invitaron a visitar a un señor feudal. Al llegar a su residencia, Gudo dijo al señor:

–Eres sabio por naturaleza y tienes una capacidad innata para aprender el zen.

–Tonterías –dijo Daigu–. ¿Por qué halagas a este zoquete? Puede que sea un señor, pero no sabe nada de zen.

Así pues, en vez de construir un templo para Gudo, el señor lo construyó para Daigu y estudió zen con él.

従 *73. Diez sucesores*

Los discípulos de zen hacen el voto de que, aunque su maestro los mate, se proponen aprender zen. En general, se hacen un corte en un dedo y sellan con sangre su resolución. Con el paso del tiempo, el voto se ha convertido en una mera formalidad, y por esta razón al discípulo que murió a manos de Ekido lo presentaron como un mártir.

Ekido se había convertido en un maestro severo. Sus discípulos le temían. Uno de ellos, que estaba de servicio, golpeó el gong para dar la hora, pero se equivocó en el número de golpes porque le distrajo la visión de una hermosa muchacha que pasaba ante la puerta del templo.

En aquel momento Ekido, que estaba detrás de él, le golpeó con un palo, con tal violencia que acabó con su vida.

El tutor del discípulo, al enterarse del accidente, fue a ver a Ekido. Sabía que no era culpable y alabó al maestro por su enseñanza rigurosa. La actitud de Ekido fue la misma que si el discípulo aún estuviera vivo.

Después de este incidente, logró bajo su guía más de diez sucesores iluminados, un número realmente extraordinario.

戒 *74. Una reforma verdadera*

Ryokan dedicó su vida al estudio del zen. Un día se enteró de que su sobrino, a pesar de las advertencias de sus parientes, gastaba su dinero con una cortesana. Dado que el sobrino había ocupado en lugar de Ryokan en la administración de la finca de la familia y existía el riesgo de que aquel hombre dilapidara la propiedad, los parientes pidieron a Ryokan que hiciera algo al respecto.

Ryokan tuvo que hacer un largo viaje para visitar a su sobrino, al que no había visto en muchos años. El sobrino pareció contento de ver nuevamente a su tío, y le invitó a pernoctar en su casa.

Ryokan se pasó la noche sentado en meditación. Por la mañana, cuando se disponía a marcharse, dijo al joven:

–Debo de estar envejeciendo, porque las manos me tiemblan. ¿Me ayudarás a atarme el cordón de mi sandalia de paja?

El sobrino le ayudó de buen grado.

–Gracias –concluyó Ryokan–, ¿te das cuenta?, un hombre se vuelve cada día más viejo y más débil. Cuídate bien.

Entonces Ryokan se marchó, sin haber mencionado una sola palabra sobre la cortesana o las quejas de los parientes. Pero, a partir de aquella mañana, finalizaron las disipaciones del sobrino.

氣 *75. Mal genio*

Un estudiante de zen se presentó ante Bankei y le confesó:

–Maestro, tengo un mal genio ingobernable. ¿Cómo podría remediarlo?

–Tienes algo muy extraño –replicó Bankei–. Déjame ver lo que tienes.

–En este momento no te lo puedo enseñar –dijo el otro.

–¿Cuándo me lo podrás mostrar? –le preguntó Bankei.

–Se presenta de improviso –respondió el estudiante.

–Entonces –concluyó Bankei– no debe de ser tu verdadera naturaleza. Si lo fuese, podrías mostrármela en cualquier momento. Cuando naciste no lo tenías, y tus padres no te lo dieron. Piensa a fondo en ello.

岩 *76. La mente pétrea*

Hogen, un maestro de zen chino, vivía solo en un pequeño templo en el campo. Un día se presentaron cuatro monjes viajeros y le preguntaron si podían encender fuego en su patio para calentarse.

Mientras encendían el fuego, Hogen les oyó discutir sobre la subjetividad y la objetividad. Se unió a ellos y les dijo:

–Hay una piedra grande. ¿Creéis que está dentro o fuera de vuestra mente?

–Desde el punto de vista budista todo es una objetivación de la mente, por lo que yo diría que la piedra está dentro de mi cabeza.

–Debes notar la cabeza muy pesada –observó Hogen–, si vas por ahí llevando una piedra como ésa en tu mente.

煩 *77. Sin apego al polvo*

Zengetsu, un maestro chino de la dinastía T'ang, escribió los siguientes consejos para sus discípulos:

Vivir en el mundo pero no tener apego al polvo del mundo es el camino de un auténtico estudiante de zen.

Cuando seas testigo de la buena acción de otro, estimúlate para seguir su ejemplo. Al oír hablar de la acción errónea de otro, aconséjate no emularla.

Aun cuando estés solo en una habitación a oscuras, compórtate como si estuvieras frente a un invitado noble. Expresa tus sentimientos, pero no seas más expresivo de lo que corresponde a tu verdadera naturaleza.

La pobreza es tu tesoro. No la cambies nunca por una vida fácil.

Una persona puede parecer tonta y no serlo. Puede que sólo esté protegiendo su sabiduría cuidadosamente.

Las virtudes son el fruto de la autodisciplina y no caen del cielo por sí mismas, como lo hace la lluvia o la nieve.

La modestia es la base de todas las virtudes. Deja que tus vecinos te descubran antes de que te des a conocer a ellos.

Un corazón noble nunca se obliga a destacar. Sus palabras son raras como gemas, no suelen exhibirse y tienen gran valor.

Para un estudiante sincero, cada día es un día afortunado. El tiempo pasa, pero él nunca se queda rezagado. Ni la gloria ni la vergüenza pueden afectarle.

Censúrate a ti mismo, nunca a otro. No discutas lo que está bien y mal.

Ciertas cosas, aunque son correctas, fueron consideradas erróneas durante generaciones. Puesto que el valor de la rectitud puede ser reconocido al cabo de siglos, no hay necesidad de anhelar una apreciación inmediata.

Vive con causa y deja resultados a la gran ley del universo. Pasa cada día en una contemplación apacible.

榮 *78. Verdadera prosperidad*

Un hombre rico pidió a Sengai que escribiera algo para que continuara la prosperidad de su familia, de modo que pudiera ser atesorada de una generación a otra.

Sengai tomó una gran hoja de papel y escribió: «Padre muere, hijo muere, nieto muere».

El rico se enfadó.

–¡Te he pedido que escribieras algo para la felicidad de mi familia! ¿Por qué me gastas semejante broma?

–No se trata de ninguna broma –le explicó Sengai–. Si antes de que mueras muriese tu hijo, eso te causaría un gran pesar. Si tu nieto muriese antes que tu hijo, los dos estaríais desconsolados. Si tu familia, una generación tras otra, se va de este mundo en el orden que he mencionado, será el curso natural de la vida. Yo llamo a esto una auténtica prosperidad.

造 *79. El pebetero de incienso*

Una mujer de Nagasaki llamada Kame era una de las pocas personas que confeccionaban pebeteros para incienso en Japón. Esa clase de pebetero constituía una obra de arte que sólo se usaba en una sala de té o ante un santuario familiar.

Kame, cuyo padre también había sido uno de tales artistas, era aficionada a la bebida. También fumaba y casi siempre estaba en compañía de hombres. Cada vez que ganaba un poco de dinero, daba una fiesta a la que invitaba a artistas, poetas, carpinteros, obreros, hombres de diversas vocaciones y ocupaciones. De la relación con ellos extraía las ideas para sus diseños.

Kame era extremadamente lenta en la creación, pero cuando había terminado su trabajo era siempre una obra maestra. Sus pebeteros se atesoraban en hogares cuyas mujeres nunca bebían ni fumaban ni se relacionaban libremente con los hombres.

Cierta vez el alcalde de Nagasaki pidió a Kame que diseñara un pebetero de incienso para él. Ella lo fue retrasando, hasta el punto de que transcurrió casi medio año. Entonces el alcalde, que había sido promovido a un cargo de alto funcionario en una ciudad lejana, visitó a Kame y le instó a que empezara a trabajar en su pebetero.

Por fin se sintió inspirada y Kame hizo el pebetero. Una vez terminado, lo depositó sobre una mesa. Lo contempló larga y detenidamente. Fumó y bebió ante él como si le hiciera compañía. Lo observó durante todo el día.

Finalmente, cogió un martillo y lo hizo añicos. Se daba cuenta de que no era la creación perfecta que su mente le exigía.

倖 *80. El auténtico milagro*

Cuando Bankei predicaba en el templo Ryumon, un sacerdote de la secta Shinshu, que creía en la salvación por medio de la repetición del nombre del Buda de Amor, sentía celos de su nutrido público y quería debatir con él.

Bankei se encontraba en medio de una charla cuando apareció el sacerdote, pero éste causó tal revuelo que Bankei se interrumpió y preguntó por la causa del alboroto.

–El fundador de nuestra secta –se jactó el sacerdote– tenía unos poderes tan milagrosos que sostenía un pincel en una orilla del río, su ayudante sostenía un papel en la otra orilla y el maestro escribía el sagrado nombre de Amida a través del aire. ¿Podrías hacer tú algo tan maravilloso?

Bankei replicó jovialmente:

–Tal vez tu zorro puede realizar un truco así, pero ése no es el carácter del zen. Mi milagro consiste en que cuando tengo hambre, como, y cuando siento sed, bebo.

靜 *81. Anda, duérmete*

Gasan estaba sentado al lado de la cama de Tekisui tres días antes del fallecimiento de su maestro. Tekisui ya le había elegido como sucesor.

Recientemente había ardido un templo y Gasan estaba atareado reconstruyendo la estructura. Tekisui le preguntó:

–¿Qué vas a hacer cuando el templo esté reconstruido?

–Cuando te hayas repuesto de tu enfermedad queremos que hables en él –respondió Gasan.

–Supón que no vivo hasta entonces.

–Entonces buscaremos a otro para que hable –replicó Gasan.

–Supón que no puedes encontrar a nadie –dijo Tekisui.

Gasan le respondió alzando la voz:

–No hagas unas preguntas tan tontas. Anda, duérmete.

無 *82. No existe nada*

Yamaoka Tesshu, joven estudiante de zen, visitó a un maestro tras otro. Un día se presentó ante Dokuon de Shokoku.

Deseoso de mostrarle su talento, le dijo:

–Al fin y al cabo, la mente, Buda, los seres sensibles no existen. La verdadera naturaleza de los fenómenos es el vacío. No hay realización ni engaño ni sabios ni mediocres. No hay nada que dar y nada que recibir.

Dokuon, que estaba fumando tranquilamente, no decía nada. De repente golpeó a Yamaoka con su pipa de bambú. El joven se mostró muy enojado.

–Si no existe nada –inquirió Dokuon–, ¿de dónde sale esa cólera?

83. Si uno no trabaja, no come

Hyakujo, el maestro de zen chino, trabajaba con sus discípulos incluso a los ochenta años de edad, arreglando el jardín, limpiando los terrenos y podando los árboles.

Los discípulos lamentaban que su viejo maestro se esforzara tanto, pero sabían que no harían caso de su consejo de que se detuviera, por lo que escondieron sus aperos.

Aquel día el maestro no comió, y mantuvo la misma actitud al día siguiente y al otro.

–Puede que esté enfadado porque le hemos escondido los aperos –supusieron los discípulos–. Será mejor que se los devolvamos.

El día que lo hicieron, el maestro trabajó y comió como antes. Por la tarde les instruyó:

–Si uno no trabaja, no come.

絃 *84. Amigos de verdad*

En China, hace mucho tiempo, vivían dos amigos, uno de los cuales tocaba el arpa virtuosamente mientras el otro escuchaba con oído experto.

Cuando uno tocaba o cantaba acerca de una montaña, el otro decía: «Veo la montaña delante de nosotros».

Cuando el otro tocaba acerca del agua, el oyente exclamaba: «¡Aquí está la corriente del arroyo!».

Pero el oyente enfermó y murió. El primer amigo cortó las cuerdas de su arpa y nunca más volvió a tocar. Desde entonces cortar las cuerdas del arpa ha sido siempre una señal de amistad íntima.

簷間清風簟松下明
月盃幽意正如此況乃
故人来
餘名

期 *85. La hora de la muerte*

Ikkyu, el maestro de zen, era muy inteligente incluso de niño. Su maestro poseía una taza de té preciosa, una valiosa antigüedad. Ikkyu rompió por accidente esa taza y se quedó muy perplejo. Al oír los pasos de su maestro, escondió a sus espaldas los fragmentos de la taza. Cuando apareció el maestro, Ikkyu le preguntó:

–¿Por qué la gente tiene que morir?

–Eso es natural –le explicó el anciano–. Todo ha de morir y sólo tiene un período determinado de vida.

Ikkyu le presentó los fragmentos de la taza, diciendo:

–A tu taza le ha llegado la hora de la muerte.

樽
屋 *86. El Buda viviente*
y el tonelero

Los maestros de zen proporcionan orientación personal en una habitación cerrada. Nadie entra mientras el maestro y el discípulo están juntos.

A Mokurai, el maestro de zen del templo Kennin de Kyoto, le gustaba charlar con mercaderes y periodistas tanto como con sus discípulos. Cierto tonelero era casi analfabeto. Le hacía a Mokurai unas preguntas absurdas, tomaba el té y se marchaba.

Un día, mientras el tonelero estaba allí, Mokurai deseó dar una orientación personal a un discípulo, por lo que pidió al tonelero que esperase en otra habitación.

–Entiendo que eres un Buda viviente –protestó el hombre–. Ni siquiera los Budas de piedra en el templo rechazan jamás a las numerosas personas que se congregan ante ellos. ¿Por qué, entonces, debo ser excluido?

Mokurai tuvo que salir para ver a su discípulo.

學 *87. Tres clases de discípulos*

Un maestro de zen llamado Gettan vivió en el último período de la era Tokugawa. Solía decir: «Hay tres clases de discípulos: los que imparten el zen a los demás, los que mantienen los templos y santuarios y, finalmente, los sacos de arroz y colgadores de ropa».

Gassan expresó la misma idea. Cuando estudiaba bajo la dirección de Tekisui, su maestro era muy severo. A veces incluso le pegaba. Otros alumnos no soportaban esta clase de enseñanza y se marchaban. Gasan permaneció, diciendo: «Un discípulo apocado utiliza la influencia de un maestro. Un discípulo cortés admira la amabilidad de un maestro. Un buen discípulo se fortalece bajo la disciplina de un maestro».

詩 *88. Cómo escribir un poema chino*

A un conocido poeta japonés le preguntaron cómo se compone un poema chino.

–El poema chino habitual tiene cuatro versos –explicó–. El primero contiene la fase inicial; el segundo verso, la continuación de esa fase; el tercer verso gira sobre ese tema e inicia uno nuevo, y el cuarto une a los tres primeros. Una canción popular japonesa lo ilustra:

Las hijas de un mercader de seda viven en Kyoto.
La mayor tiene veinte años, la menor dieciocho.
Un soldado puede matar con su espada,
Pero esas muchachas matan a los hombres con sus ojos.

問 *89. Diálogo zen*

Los maestros zen adiestran a sus discípulos jóvenes para que se expresen. Cada uno de dos templos zen tenía un niño protegido. Uno de ellos, cuando iba cada mañana a buscar verduras, se encontraba con el otro en el camino.

–¿Adónde vas? –preguntaba uno.

–Voy dondequiera que vayan mis pies –respondía el otro.

Esta respuesta dejaba perplejo al primer niño, el cual pidió ayuda a su maestro.

–Mañana por la mañana –le dijo el maestro–, cuando encuentres a ese chiquillo, hazle la misma pregunta. Cuando te dé la misma respuesta, pregúntale: «Supón que no tienes pies; ¿adónde vas entonces?». Eso le enseñará.

A la mañana siguiente los dos niños volvieron a encontrarse.

–¿Adónde vas? –preguntó el primer niño.

–Voy dondequiera que sople el viento –respondió el otro.

Esto volvió a desconcertar al pequeño, y fue a ver al maestro para exponerle su derrota.

–Pregúntale adónde va si no sopla el viento –le sugirió el maestro.

Al día siguiente los niños se encontraron por tercera vez.

–¿Adónde vas? –preguntó el primer niño.

–Voy al mercado a comprar verduras –replicó el otro.

許 *90. El último coscorrón*

Tangen había estudiado con Sengai desde su infancia. Cuando tenía veinte años quería abandonar a su maestro y visitar a otros para realizar un estudio comparado, pero Sengai no le permitía tal cosa. Cada vez que Tangen lo sugería, Sengai le daba un coscorrón.

Finalmente Tangen pidió a un hermano mayor que indujera a Sengai a concederle el permiso. El hermano así lo hizo e informó a Tangen:

–Está arreglado. Lo he dispuesto todo para que emprendas tu peregrinaje en seguida.

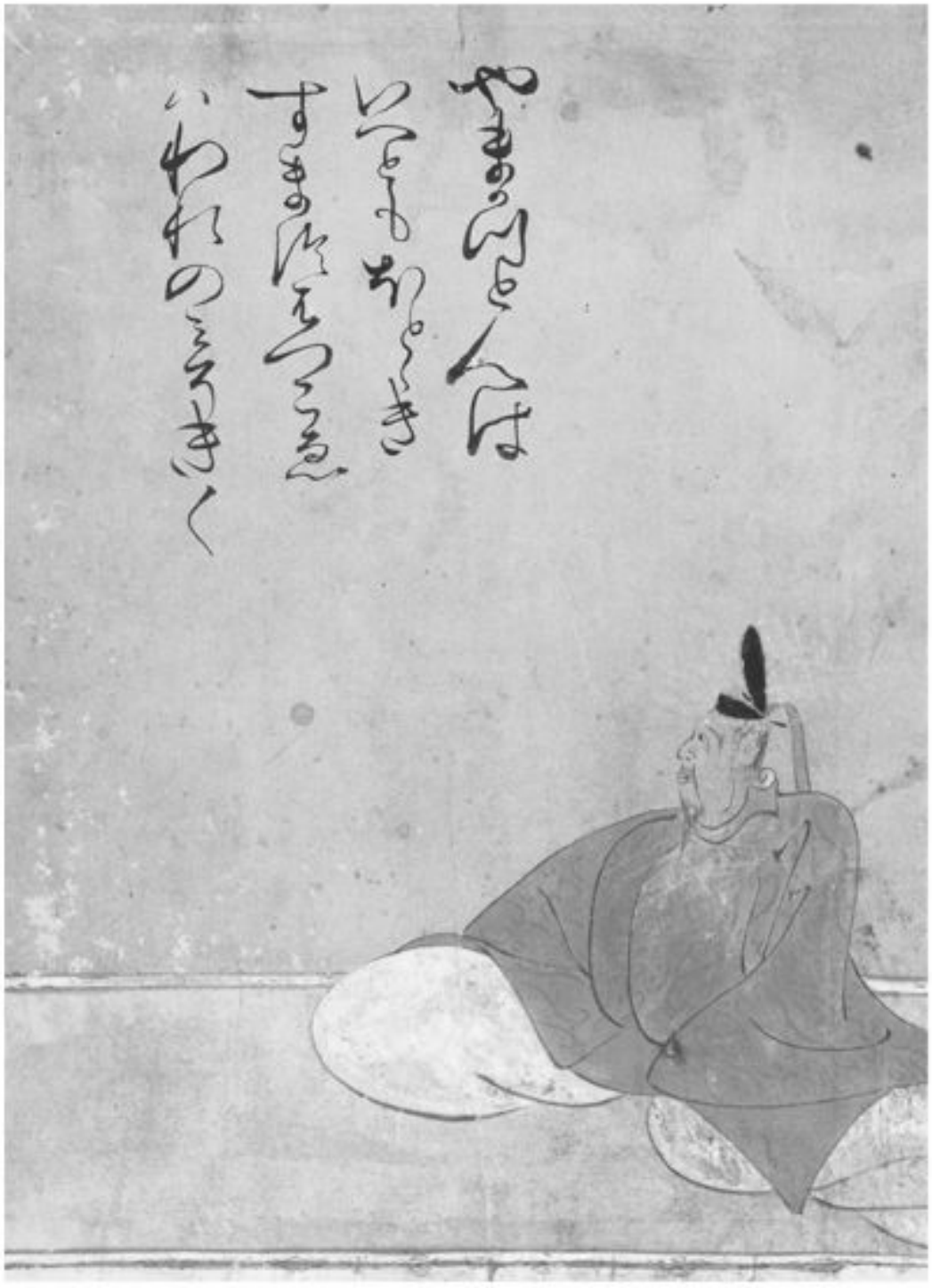
Tangen fue a ver a Sengai para agradecerle su permiso. El maestro respondió dándole otro coscorrón.

Cuando Tangen relató esto a su hermano mayor, el otro le dijo:

–¿Qué ocurre? Sengai no debe dar su permiso y luego cambiar de idea. Voy a decírselo.

Y fue a ver al maestro.

–No he cancelado mi permiso –dijo Sengai–. Sólo deseaba darle un último coscorrón, pues cuando regrese estará iluminado y no podré volver a reprenderle.



無双 *91. El tacto de la espada de Banzo*

Matajuro Yagyu era hijo de un famoso espadachín. Su padre, creyendo que el trabajo de su hijo en el campo de la esgrima era demasiado mediocre para prever la posibilidad de que llegara a dominarla, le rechazó.

Así pues, Matajuro fue al monte Futara, donde encontró al famoso espadachín Banzo, pero éste confirmó el juicio del padre.

–¿Deseas aprender esgrima bajo mi guía? –le preguntó Banzo–. No puedes reunir los requisitos.

–Pero si trabajo con ahínco, ¿cuántos años tardaré en convertirme en un maestro? –insistió el joven.

–El resto de tu vida –replicó Banzo.

–No puedo esperar tanto –le explicó Matajuro–. Si me enseñas, estoy dispuesto a soportar cualquier penalidad. Si me convierto en tu siervo leal, ¿cuánto podría tardar?

–Pues... quizá diez años –cedió Banzo.

–Mi padre está envejeciendo y pronto tendré que cuidar de él –siguió diciendo Matajuro–. Si trabajo mucho más intensamente, ¿en cuánto tiempo podría dominar el arte de la es-pada?

–Unos treinta años –dijo Banzo.

–¿Cómo es posible? –inquirió Matajuro–. Primero dices diez y ahora treinta años. ¡Sufriré cualquier penalidad para dominar este arte en el tiempo más breve posible!

–En ese caso tendrás que estar conmigo setenta años –dijo Banzo–. Un hombre con tanta prisa como tú por obtener resultados difícilmente aprende

con rapidez.

–Muy bien –dijo el joven, comprendiendo por fin que el maestro le rechazaba por su impaciencia–. De acuerdo.

El maestro le dijo a Matajuro que no hablara nunca de esgrima y no tocara jamás una espada. Cocinaba para el maestro, fregaba los platos, le hacía la cama, limpiaba el patio, cuidaba del jardín, y todo ello sin ninguna práctica de esgrima.

Transcurrieron tres años y Matajuro seguía haciendo aquellas tareas ingratas. Al pensar en su futuro se entristecía. Ni siquiera había empezado a aprender el arte al que había dedicado su vida.

Pero un día Banzo se le acercó con sigilo por la espalda y le dio un golpe tremendo con una espada de madera.

Al día siguiente, cuando Matajuro estaba cociendo arroz, Banzo volvió a abalanzarse sobre él inesperadamente.

A partir de entonces, Matajuro tuvo que defenderse día y noche de los ataques inesperados. No había un solo momento del día en que no tuviera que pensar en el tacto de la espada de Banzo.

Aprendió con tanta rapidez que la sonrisa apareció en el semblante de su maestro. Matajuro se convirtió en el mejor espadachín del país.

突 *92. El zen del atizador de fuego*

Hakuin solía hablar a sus discípulos acerca de una anciana que tenía una casa de té, y cuya comprensión del zen alababa. Los discípulos se negaban a creer lo que les decía, e iban a la casa de té para cerciorarse.

Cada vez que la mujer los veía llegar, sabía en seguida si habían ido a tomar té o a examinar su comprensión del zen. En el primer caso les servía amablemente. En el segundo, hacía una seña a los discípulos para que pasaran detrás de un biombo. En cuanto obedecían, les golpeaba con un atizador de fuego.

Nueve de cada diez no podían librarse de sus golpes.

93. *El zen del cuentista*

Encho era un famoso cuentista. Sus relatos de amor emocionaban a sus oyentes. Cuando narraba una historia de guerra, era como si los mismos oyentes estuvieran en el campo de batalla.

Un día Encho conoció a Yamaoka Tesshu, un lego que casi había conseguido el dominio del zen.

–Tengo entendido –le dijo Yamaoka–, que eres el mejor cuentista de nuestro país y que haces reír y llorar a la gente a voluntad. Cuéntame mi relato favorito, el del Momotaro-san, el Niño Melocotón. Cuando era pequeño dormía al lado de mi madre, y ella a menudo me contaba esa leyenda. En medio de la narración me quedaba dormido. Cuéntamela tal como lo hacía mi madre.

Encho no se atrevió a hacer tal cosa y solicitó tiempo para estudiar. Al cabo de varios meses se presentó ante Yamaoka y le dijo:

–Por favor, dame la oportunidad de contarte el relato.

–Otro día –respondió Yamaoka.

Encho se sintió muy decepcionado. Estudió más y lo intentó de nuevo. Yamaoka le rechazaba una y otra vez. Cuando Encho empezaba a hablar, Yamaoka le interrumpía, diciendo:

–No eres como mi madre.

Encho tardó varios años en llegar a ser capaz de contarle a Yamaoka la leyenda tal como se la había contado su madre.

De esta manera, Yamaoka impartió el zen a Encho.

忍 *94. Excursión nocturna*

Numerosos discípulos estudiaban meditación bajo la guía del maestro de zen Sengai. Uno de ellos solía levantarse de noche, escalaba el muro del templo e iba a la ciudad a divertirse.

Una noche, cuando inspeccionaba los dormitorios, Sengai descubrió la ausencia de aquel discípulo, así como el alto taburete que usaba para escalar el muro. Quitó el taburete y permaneció allí en su lugar.

Cuando regresó el discípulo viajero, como desconocía que en vez del taburete estaba Sengai, puso el pie sobre la cabeza del maestro y saltó al suelo. Al descubrir lo que acababa de hacer se quedó espantado.

–A esta hora tan temprana hace mucho frío –le dijo Sengai–. Ten cuidado, no vayas a resfriarte.

El discípulo nunca volvió a escaparse de noche.

雪 *95. Carta a un moribundo*

Bassui escribió la carta siguiente a uno de sus discípulos que estaba a punto de morir:

«La esencia de la mente no nace, por lo que nunca morirá. No es una existencia, que es perecedera. No es un vacío, que es mero espacio sin nada en él. No tiene ni forma ni color. No goza de placeres ni sufre dolores.

»Sé que estás muy enfermo. Como un buen estudiante de zen, te enfrentas firmemente a la enfermedad. Puede que no sepas con exactitud quién está sufriendo, pero pregúntate: ¿Cuál es la esencia de esta mente? Piensa sólo en eso. No necesitarás nada más. No codicies nada. Tu fin, que es interminable, es como un copo de nieve que se disuelve en el aire puro».

水 *96. Una gota de agua*

Un maestro de zen llamado Gisan pidió a un joven estudiante que le llevara un cubo de agua para enfriar el baño.

El estudiante le llevó el agua y, tras enfriar el baño, arrojó al suelo la poca que quedaba.

–¡Estúpido! –le regañó el maestro–. ¿Por qué no has regado las plantas con el resto del agua? ¿Qué derecho tienes a desperdiciar siquiera una gota de agua en este templo?

El joven estudiante alcanzó en aquel instante la iluminación del zen. Cambió su nombre por el de Tekisui, que significa una gota de agua.

究 *97. La enseñanza de lo fundamental*

En el Japón antiguo se usaban faroles de bambú y papel con una vela en el interior. Cierta noche, a un hombre ciego que visitaba a un amigo le ofrecieron un farol para volver con él a casa.

–No necesito un farol –dijo el ciego–. La oscuridad y la luz son lo mismo para mí.

–Ya sé que no necesitas un farol para encontrar el camino –replicó su amigo–, pero si no llevas uno alguien podría tropezar contigo. Así pues, debes llevártelo.

El ciego partió con el farol y, antes de que hubiera ido muy lejos, alguien tropezó con él.

–¡Mira por dónde vas! –gritó al desconocido–. ¿Es que no ves este farol?

–La vela se ha apagado, hermano –replicó el desconocido.

書 *98. Desapego*

Kitano Gempo, abad del templo Eihei, tenía noventa y dos años de edad cuando murió, en 1933. Se había esforzado durante toda su vida por no tener apego a nada. Cuando contaba veinte años de edad, se hizo mendigo errante y cierta vez conoció a un viajero que fumaba tabaco. Mientras caminaban juntos por un camino de montaña, se detuvieron a descansar bajo un árbol. El viajero ofreció tabaco a Kitano, el cual lo aceptó, pues en aquellos momentos estaba muy hambriento.

–Qué agradable es fumar –comentó.

El otro le regaló una de sus pipas y tabaco, y los dos se separaron.

«Unas cosas tan agradables deben trastornar la meditación», pensó Kitano. «Debo parar ahora, antes de que esto vaya demasiado lejos.» Así pues, tiró los útiles de fumar.

Cuando tenía veintitrés años estudió el *I-King*, la doctrina más profunda del universo. Era invierno y necesitaba algunas prendas de abrigo. Escribió a su maestro, que vivía a más de ciento ochenta kilómetros de distancia, contándole su necesidad, y dio la carta a un viajero para que la entregara. Transcurrió casi todo el invierno sin que llegaran ni la respuesta ni ropas nuevas. Así pues, Kitano recurrió a la presciencia del *I-King*, el cual también enseña el arte de la adivinación, para determinar si su carta se había extraviado. Descubrió que así había sido. Una carta posterior de su maestro no hacía ninguna mención a ropas.

«Si llevo a cabo unas determinaciones tan precisas con el *I-King* es posible que descuide la meditación», se dijo Kitano. En consecuencia,

abandonó esa enseñanza maravillosa y jamás recurrió de nuevo a sus poderes.

Cuando tenía veintiocho años estudió caligrafía y poesía china. Llegó a ser tan hábil en esas artes que su maestro le alabó. Kitano reflexionó: «Si no me detengo ahora, seré poeta, no un maestro de zen», y no volvió a escribir jamás otro poema.

獨 *99. El vinagre de Tosui*

Tosui era el maestro de zen que abandonó el formalismo de los templos para vivir bajo un puente con los mendigos. Cuando era muy anciano, un amigo le ayudó a ganarse la vida sin mendigar. Mostró a Tosui la manera de recoger arroz y preparar vinagre a partir de los granos, y Tosui hizo esto hasta que murió.

Mientras Tosui hacía vinagre, uno de los mendigos le dio una imagen del Buda. Tosui la colgó de la pared de su choza y puso un letrero al lado. El letrero decía:

«Señor Amida Buda: Esta pequeña habitación es muy estrecha. Puedo permitirle quedarse como transeúnte, pero no crea que le pido que me ayude a renacer en su paraíso».

默 *100. El templo silencioso*

Shoichi era un maestro de zen tuerto, rebosante de iluminación. Enseñaba a sus discípulos en el templo de Tofuku.

Día y noche el templo permanecía en silencio. No se oía ningún sonido.

El maestro abolió incluso la recitación de sutras. Sus alumnos no tenían nada que hacer salvo meditar.

Cuando murió el maestro, una anciana vecina oyó el sonido de las campanas y la recitación de sutras. Entonces supo que Shoichi había abandonado este mundo.

禪 *101. El zen de Buda*

Buda dijo:

–Considero las posiciones de los reyes y los gobernantes como las de motas de polvo. Observo tesoros de oro y gemas como si fuesen ladrillos y guijarros. Contemplo las prendas de seda más finas como trapos en jirones. Veo las miríadas de mundos del universo como pequeñas semillas de fruta, y el mayor lago de la India como una gota de aceite en mi pie. Percibo que las enseñanzas del mundo son ilusionismo de magos. Discierno el concepto superior de la emancipación como un brocado de oro en un sueño y observo el santo camino de los iluminados como flores que aparecen ante los ojos. Veo la meditación como una roca de la montaña, el Nirvana como una pesadilla durante la vigilia. Considero el juicio sobre el bien y el mal como la serpenteante danza de un dragón, y el ascenso y declive de las creencias como las huellas dejadas por las cuatro estaciones.

Las ilustraciones que acompañan al texto
han sido seleccionadas para la edición española.
Todas ellas pertenecen al período Edo (1615-1868)
y en su mayoría fueron realizadas por monjes zen
como forma de meditación y aprendizaje espiritual.

Título de la edición original: *101 Zen Stories*
Traducción del inglés: Jordi Fibla

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: agosto 2014

© Charles Tuttle Company, Inc., Tokio, Japón, 1957, 1985
© de la traducción: Jordi Fibla, 1998
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014
Copyright de las ilustraciones por orden de aparición:
© Bildarchiv Hansmann/FRimages, © Corbis/Cordon Press,
© The Bridgeman Art Library, © Album/culture-images, © Artcolor/FRimages,
© Album/akg-images, © Album/akg-images, © Corbis/Cordon Press,
© Robert and Lisa Sainsbury/The Bridgeman Art Library,
© The Bridgeman Art Library, © Corbis/Cordon Press, © Album/akg-images,
© V&A Images

Conversión a formato digital: Maria Garcia
Depósito legal: B. 7800-2014
ISBN: 978-84-16072-93-4

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.